

# Mujeres jóvenes de los sectores populares

Una cartografía de sus prácticas de sociabilidad barrial

Autora: Ivana Sacco



Tesina de Grado  
Licenciatura en Comunicación Social  
Directora: Mariángeles Camusso  
Co-Director: Juan Pablo Hudson



Universidad Nacional de Rosario  
Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales  
Escuela de Comunicación Social

Título: Mujeres jóvenes de los sectores populares.  
Una cartografía de sus prácticas de sociabilidad barrial.

---

Tesina de Grado  
Licenciatura en Comunicación Social  
Directora: Mariangeles Camusso  
Co-Director: Juan Pablo Hudson  
Autora: Ivana Sacco  
Legajo: S-1665/9  
ivasacco@gmail.com

Rosario, junio 2019

## AGRADECIMIENTOS

A mis viejxs, Mari y Esteban, por el acompañamiento incondicional en cada etapa de mi vida. Por enseñarme a atravesar el mundo desde la sensibilidad y la empatía,

A mi hermana, Irene, por transmitirme sus saberes y experiencias, por tanto afecto y cuidado,

A mi familia, por esa red tejida de lazos sentidos que tanto abrazan,

A mi compañero de vida, Manuel, por el inmenso amor, el camino compartido y aprendido, por la música de todos los días,

A mi hijo, Fermín, por la construcción vincular más amorosa, sublime e intensa que he experimentado en mi vida,

A mi hija, Victoria, que acompaña desde la panza este proceso con mucha luz y amor,

A Olguita y Miguel, por alojarme con tan maravillosa, cálida y genuina sencillez humana,

A mis amigas, por nuestra inquebrantable hermandad sorora, y el aguante siempre,

A Ludueña y Tablada, mis compañeras y compañeros de trabajo, a los pibes y las pibas, por abrirme mundos, por el enriquecedor intercambio, por las utopías.

A mi co-director, Juan Pablo, por su enorme generosidad, su paciencia y su firme acompañamiento.

A mi directora, Mariangeles, por la confianza.

A la Universidad Pública, y en particular a esta casa de estudios, por la formación profesional, ética, humana y política.

Gracias!!!

# ÍNDICE

---

<b>Introducción</b> .....	<b>4</b>
<b>Marco metodológico</b> .....	<b>7</b>
<b>Capítulo 1: Marco Teórico</b> .....	<b>9</b>
1.1 De la construcción histórica de los barrios a las nuevas complejidades territoriales.....	9
1.2 ¿Qué es el espacio Público?.....	11
1.3 Las Juventudes.....	14
1.4 La construcción social del Rol de la Mujer en el Capitalismo.....	16
1.4.1 Mujeres contemporáneas.....	21
<b>Capítulo 2: Las jóvenes y los Barrios</b> .....	<b>25</b>
2.1 Ludueña y Tablada, una somera descripción--.....	25
2.2Mujeres Jóvenes de barrios Populares. El caso de Ludueña y Tablada. ....	29
<b>Capítulo 3: Relación con las tareas domésticas</b> .....	<b>32</b>
<b>Capítulo 4: Mujeres y espacios públicos</b> .....	<b>36</b>
<b>Capítulo 5: Microestrategias que despliegan las chicas</b> .....	<b>41</b>
<b>Capítulo 6: Relaciones interpersonales</b> .....	<b>45</b>
<b>Capítulo 7: Las Redes Sociales</b> .....	<b>53</b>
<b>Capítulo 8: Relación con el mundo Laboral</b> .....	<b>56</b>
<b>Capítulo 9: Relación con el mundo educativo</b> .....	<b>60</b>
<b>Conclusiones</b> .....	<b>65</b>
<b>Bibliografía</b> .....	<b>69</b>

# Introducción

---

*“Solo investigamos de verdad lo que nos afecta, y afectar viene de afecto”*

*Jesús Martín Barbero*

Esta tesina surge de una afección, de cruces entre cuerpos, de implicaciones y experiencias, acumulados durante los últimos seis años de trabajos en territorios periféricos de Rosario. Pero también emerge de la formación recibida en la carrera de Licenciatura en Comunicación Social. En otras palabras, esta tesis es el efecto de un cruce entre experiencias y saberes. Ese intercambio virtuoso durante al menos cinco años me permitió construir un sujeto en estudio: las mujeres jóvenes de los barrios populares. El contacto cotidiano con las habitantes del barrio Ludueña, en la periferia noroeste, y de Tablada, en la periferia sur, me permitió acumular interrogantes, análisis parciales, y saberes en torno a las pibas que me era necesario elaborar para poder llevar a cabo mi práctica laboral y, ahora, para producir este trabajo de investigación académico.

Puntualmente me propuse entender los modos en que se despliegan las vidas de las chicas y las razones de las profundas diferencias que existen con las de los varones jóvenes. El sistema patriarcal regula las prácticas que organizan la vida social. Ludueña y Tablada no son una excepción. Desde los modos de relacionarse, las economías barriales, incluidas las ilegales, los empleos, la apropiación del espacio público, la gestión de los espacios domésticos, la asunción de los roles de cuidado, etc. La vida de los varones de las periferias se muestran –en la prensa, en la academia, en la literatura, en el cine-constantemente, pero la vida de las chicas carece de visibilidad, salvo cuando se denuncian asesinatos resonantes, en tanto esos cuerpos femeninos invisibilizados son el territorio en el cual se despliegan los poderes territoriales.

Las siguientes preguntas estructuran esta tesis: ¿Cómo habitan, circulan y construyen sus experiencias las pibas en las periferias? ¿Cómo registrar sus vidas desde una perspectiva de género? ¿Qué estrategias ponen en marcha para transgredir los mandatos sociales, familiares, religiosos, culturales que se les imponen?

Me parece indispensable como futura Licenciada en Comunicación Social construir conocimientos sobre una figura tan silenciada y a la vez castigada. En los últimos años la multiplicación de femicidios se convirtió en unos de los temas centrales de la prensa. Lo mismo en el caso de las agencias estatales que comienzan a incorporar perspectivas de género para trabajar dimensiones decisivas en la vida de las pibas: educación, empleo, desarrollo social, etc. Lo he comprobado en mi trabajo en un Centro de Convivencia Barrial (CCB) en Tablada, perteneciente a la Secretaría de Desarrollo social de la Municipalidad de Rosario, y antes en otro Centro de Convivencia Barrial en Ludueña. De allí la relevancia de sistematizar y generar saberes en torno a la producción de subjetividad de estas mujeres jóvenes con las que he mantenido contactos cotidianos en ambos barrios populares. La comunicación social debe inscribirse como una práctica transformadora. No se trata solo de comprender la realidad sino de intervenir en ella. Generar conocimientos de género que puedan servir a la propia formación de los estudiantes de comunicación social pero también a los propios comunicadores sociales que operan en los territorios, es justamente una intervención ineludible.

El título de esta tesis es *“Mujeres jóvenes y sectores populares. Una cartografía de sus prácticas de sociabilidad barrial”*. El primer capítulo *–Marco teórico–* se divide en cuatro puntos. En el primero de ellos se presentará un recorrido conceptual acerca de las distintas concepciones teóricas sobre los barrios y específicamente sobre las periferias. A continuación, se realizará un recorrido acerca de los distintos enfoques teóricos en torno a la noción de espacio público. Posteriormente, se introducirán estudios sobre el concepto de juventud desde diversas líneas bibliográficas. Seguidamente, analizaremos la construcción social de rol de las mujeres en el capitalismo desde una perspectiva de género. Para finalizar, con el aporte de algunxs autores se abordará una serie de situaciones que experimentan las mujeres en la vida contemporánea. En el segundo capítulo *-Las jóvenes y los barrios-* se realiza una somera descripción de los barrios en estudio y se lleva a cabo una caracterización de las jóvenes comprendidas en la presente investigación. Por su parte, en el tercer capítulo *–Relación con las tareas domésticas–* se avanza en el análisis de las vinculaciones de las jóvenes con las tareas domésticas, y se introduce una de las principales problemáticas que determina la vida de las jóvenes: el encierro doméstico. En el cuarto capítulo *-Mujeres y espacios públicos-* se analizarán las distintas formas que tienen las

jóvenes de habitar los espacios públicos. Por su parte, en el quinto capítulo- *Microestrategias que despliegan las chicas*- se mostrarán líneas de fuga que ensayan las jóvenes en sus vidas barriales para evitar el encierro en sus hogares y los mandatos patriarcales. A continuación, en el sexto capítulo-*Relaciones interpersonales*- se trabaja sobre las vinculaciones que establecen las jóvenes con sus pares de género (los conflictos y alianzas) en su vida cotidiana. En el séptimo capítulo-*Las redes sociales*- avanzaremos en el análisis de los modos de vinculación que mantienen las chicas con las redes sociales y sus efectos en las dinámicas en sus barrios. Por último, el octavo capítulo-*Relación con el mundo laboral*- y en el noveno -*Relación con el mundo educativo*- se desarrolla los modos de habitar dos campos estructurantes de la vida social: el laboral y el educativo.

Finalmente, expondremos algunas reflexiones que recuperen los avances principales de los nueve capítulos, y esbozaremos los desafíos y líneas posibles de investigación o de intervención, en base a los interrogantes y conclusiones surgidos durante el proceso de investigación.

# Marco metodológico

---

Los aspectos metodológicos de una investigación se vinculan con una serie de saberes y procedimientos que no se encuentran aislados del tipo de proceso social analizado y de los interrogantes teóricos entrecruzados en éste. El proceso de recolección de la información, elaboración de datos e interpretación, más allá de sus reglas y técnicas específicas, deberá ser dinámico y flexible, a fin de propiciar su revisión y ajuste a partir de los diferentes resultados parciales obtenidos en el campo de estudio.

En este capítulo se tiene como objetivo poner de manifiesto los fundamentos metodológicos implicados en esta tesina.

La investigación sobre los fenómenos sociales puede ser abordada desde diferentes paradigmas que conviven al interior de las diversas disciplinas. Según Guba y Lincoln (1994), un paradigma representa una cosmovisión que define, para quien la sostiene, la naturaleza del mundo, el lugar del individuo en ella y la posible relación frente a ese mundo y sus componentes. En el presente trabajo hemos adoptado una perspectiva cercana a lo que se denomina el *paradigma interpretativo* (Vasilachis, 1992, 2006). Este paradigma, en proceso de consolidación, está orientado a comprender el sentido de la acción social en su contexto específico y desde la perspectiva de los participantes. Reconoce como sus supuestos básicos la resistencia a la naturalización del mundo social, la relevancia del concepto del mundo de la vida y el paso de la observación a la comprensión y del punto de vista externo al punto de vista interno. En función de esta elección, la investigación estará basada –como ya mencionamos– en una estrategia cualitativa, que es el abordaje que supone y realiza los presupuestos del paradigma interpretativo (Vasilachis, 1992). La investigación cualitativa se interesa especialmente por dilucidar el modo en que el mundo es producido, experimentado y comprendido, focalizando fundamentalmente en la perspectiva de los propios actores, registrando sus sentidos, su experiencia y los significados atribuidos. Esta estrategia se caracteriza, además, por responder a una lógica esencialmente inductiva, en contraposición a los procedimientos hipotético-deductivos del análisis de variables. En este sentido, en tanto se trata de un tipo de investigación principalmente emergente e inductiva, posee un diseño flexible que potencia su capacidad innovadora en la medida en que está dotado de una flexibilidad que habilita la

resignificación del problema de investigación y la formulación de hipótesis de trabajo. Mason (Vasilachis, 2007: 24) resume de la siguiente manera los fundamentos de la investigación cualitativa:

- a) [Está] fundada en una posición filosófica que es ampliamente interpretativa en el sentido de que se interesa en las formas en las que el mundo social es interpretado, comprendido, experimentado y producido, b) basada en métodos de generación de datos flexibles y sensibles al contexto social en el que se producen, y c) sostenida por métodos de análisis y explicación que abarcan la comprensión de la complejidad, el detalle y el contexto.*

Los distintos métodos presentan fortalezas y debilidades, según sea, como postula Yin (1994), el tipo de problema planteado y sus circunstancias. En la elección del método que guía la investigación deben tenerse en cuenta fundamentalmente tres factores: el tipo de pregunta que se busca responder, el control que tiene el investigador sobre los acontecimientos que estudia y la contemporaneidad del problema. Teniendo en cuenta el objeto de estudio propuesto y el tipo de preguntas planteadas, el diseño de esta investigación es de carácter exploratorio-descriptivo, se basa en un nivel de análisis microsociológico y se concentra en una población específica asentada en territorios concretos.

## **Universo de estudio.**

El estudio se encuentra circunscripto espacialmente en dos barrios de la ciudad de Rosario: Tablada y Ludueña.

El universo está representado por mujeres jóvenes de entre 13 y 29 años que han asistido a los Centros de Convivencia Barrial (CCB) de ambos barrios. Se suman otras chicas que conocimos a partir de sus relaciones de amistad con aquellas que asistían al CCB.

En total se entrevistaron a treinta (30) jóvenes. En cuanto al corte temporal, el trabajo de campo se extendió desde 2016 a 2018.

Las técnicas de recolección de datos fueron las siguientes: se realizaron treinta (30) entrevistas en profundidad, se llevaron a cabo observaciones semi-participantes y relevamientos de documentos internos elaborados por los propios CCB y otras reparticiones de la Secretaría de Desarrollo Social de la Municipalidad de Rosario.

# Capítulo 1

---

## Marco Teórico

### 1.1 De la construcción histórica de los barrios a las nuevas complejidades territoriales

*“La práctica del barrio es signo de una táctica que sólo ocurre junto con "la del otro".*

Michel De Certeau.

#### El concepto de barrio

En esta investigación utilizaremos la noción *barrios populares con situaciones de informalidad* de María Cristina Cravino (2008: 47). Cuando nos referimos a barrios populares hacemos mención a barrios habitados por sectores de bajos recursos económicos aunque sin problemas dominales en sus viviendas, con trazados regulares de las calles y servicios básicos. Por su parte, con el término *villas* designamos zonas informales al interior de estos mismos barrios. Haremos uso del concepto elaborado también por Cravino (2008: 56-67)<sup>1</sup>:

*(Las villas) son urbanizaciones (o autourbanizaciones) informales producto de ocupaciones de tierra urbana vacante o de la afectación de tierras fiscales por el Estado para asentar familias provisoriamente que: a) producen tramas urbanas muy irregulares. Es decir, no son barrios amanzanados sino organizados a partir de intrincados pasillos, donde por lo general no pueden pasar vehículos y muchas veces ni electrodomésticos. (...) Responden a la suma de prácticas individuales y diferidas en el tiempo, a diferencia de otras ocupaciones que son efectuadas planificadamente y en un solo momento inicial. e) Las viviendas son construidas en su origen con materiales precarios o de desecho. Con el tiempo sus habitantes construyen sus casas de mampostería. Sin embargo, los resultados son siempre viviendas precarias. f) Poseen una alta densidad poblacional, a diferencia de otro tipo de urbanizaciones informales (como los asentamientos y loteos pirata). g) Los pobladores, por lo general, son en la actualidad trabajadores poco calificados o informales aunque también se encuentran algunos con oficios (albañiles, zapateros, costureros) que tienen a veces relación directa con las actividades productivas existentes en el entorno inmediato.*

---

<sup>1</sup>Cravino otorga diez características a las villas. Dado que su referencia es la ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense, tan solo utilizaremos las características que nos parecen pertinentes para las villas en Rosario.

Sumamos la perspectiva de Ramiro Segura (2015, 31) en el estudio de las periferias urbanas:

*Se trata de estudiar precisamente lo que no se reduce a las condiciones de vida e infraestructura de un barrio ni al estudio de los procesos políticos que tienen lugar en él, sino en conocer el cotidiano de la vida barrial y urbanas en el que ambas cuestiones (carencias y política) están incorporadas en los puntos de vistas de los actores y en la experiencia cotidiana del habitar la periferia.*

Finalmente coincidimos en evitar la noción de *gueto* para pensar este tipo de territorios periféricos:

*Por un lado, una conjunción de procesos que empujan hacia el “aislamiento”: débil inserción en el mercado laboral, relegación en un espacio urbano degradado y estigmatizado, tendencia a la socialización en espacios homogéneos, exclusión del acceso a bienes materiales y simbólicos valorados. Por otro lado, en tanto el espacio barrial, aunque relegado y excluido, no es un gueto, es decir, no es un ámbito relativamente autosuficiente, sus habitantes desarrollan estrategias varias y diversas que implican movilidad para mitigar los efectos del aislamiento y la exclusión (Segura, 2009:46).*

En un sentido complementario, nos parece pertinente a los fines de esta investigación incorporar la perspectiva de Esteban Rodríguez Alzueta en el análisis de los escenarios urbanos en los que se despliegan los procesos de producción de subjetividad de los/las jóvenes:

*El escenario de estos procesos es una ciudad cada vez más fragmentada. Una fragmentación que ha modificado las maneras de estar en los barrios, de habitar la ciudad. Para los pibes, los barrios se comprimen en función de las alianzas móviles que van tramando, las broncas y las peleas y los puntos de control policial o el patrullaje de los gendarmes. Porque para los jóvenes, la ciudad es un lugar que queda cada vez más lejos, que solo podrán surfear en sus motos o empezar a frecuentarla cuando se jubilen de jóvenes, es decir, cuando se alejen del estereotipo que los escracha y transforma en una persona sospechosa (Rodríguez Alzueta, 2016 pag:19).*

Los barrios populares hoy son más complejos. Eso significa que en ellos existe disponible más información sensible, más variables, que explican al mundo urbano, “como si cada gesto, y cada movida que se arme hoy tuviera latente una dosis de quilombo a punto de soltarse” (Juguetes Perdidos, 2016, 18). Cualquier pequeño desborde en las periferias revela la precariedad de las instituciones –familia, escuela, trabajo, hospital, etc.- que tienen como función regular la vida y colaborar en producir los lazos y las redes sociales. Lo que

prevalece en los barrios populares es un trasfondo sensible de miedo, la certeza que el de al lado se puede convertir en una amenaza, en fuente de conflicto, de choque.

Marklen (Cravino, 2010) remarca que el barrio cumpliría una función de mediación entre el individuo y la sociedad, mediante su inscripción a la ciudad. Sin embargo, para el autor la principal característica contemporánea de los barrios populares es “*su déficit de integración*” (Cravino, 2010:29). Esta situación provoca conflictos y anomia, a la vez que abre un desafío: los lazos sociales no preexisten, no están instituidos, sino que requiere de su permanente producción.

En esta tesis mostraremos de qué manera asumen este desafío las jóvenes, en tanto a todas las dificultades y amenazas descritas anteriormente, para ella se suman límites, capturas, represiones, violencias específicas por el hecho de ser mujer.

En el próximo capítulo analizaremos distintos enfoques teóricos en torno a la noción de espacio público.

## 1.2 ¿Qué es el espacio público?

Si pensamos en el espacio público encontramos abundante material teórico que propone pensarlo desde diversas miradas. Para Nora Rabotnikof (2008) existen tres formas de concebir lo público. La primera refiere a “*lo público como lo que es de interés o de utilidad común a todos*” (2008: 38). Esta concepción hace referencia a lo comunitario, a lo que pertenece a todo el pueblo, a lo colectivo en contraposición de lo privado que se considera más individual y utilitario. En segundo lugar, se define “*lo público como lo que es y se desarrolla a la luz del día, lo manifiesto y lo ostensible*” (Rabotnikof, 2008: 38) en contra de lo oculto, lo que no se sabe ni se ve que sería lo privado. Por último, lo “*público como lo que es de uso o accesible para todos, abierto*” (Rabotnikof, 2008: 39) refiere a los espacios de circulación libre, como por ejemplo las plazas, los parques, las calles, que se encuentran abiertos para el uso de todos. Desde este enfoque, propio de la teoría política, lo público se define en contraposición a lo privado.

Por su parte, según Borja (Ana Pasarelli, 2015) el espacio público contiene tres dimensiones: la sociocultural, la jurídica y la urbanística. Para el autor, la dimensión jurídica se encuentra condicionada por las regulaciones de la administración pública o por

quien posee la propiedad del lugar y posibilita accesibilidad imponiendo requisitos para el uso e instalación de actividades. A partir de la modernidad, desde la dimensión urbanística el espacio público es el resultado de la división formal que se establece entre propiedad privada urbana y la propiedad pública. Entretanto, la dimensión sociocultural es la que a los fines de nuestra investigación más nos interesa (Ana Pasarelli, 2015: 16):

*El espacio público es el lugar de las relaciones y donde las personas se identifican con el otro, donde se produce el contacto y donde se pueden expresar. Esto implica que desde una dimensión socio-cultural el espacio público funciona como el ámbito donde las relaciones tienen lugar, un lugar de encuentro, de construcción de identidad, de expresión. El sentido de pertenencia que se genera en torno a él y su uso es lo que lo consolida como tal. El espacio público es donde se identifica y construye la sociabilidad, el lugar de las luchas simbólicas, donde se visibilizan las relaciones, interacciones, tensiones y conflictos que son inherentes de las prácticas sociales que se dan en el ámbito de lo público, muchas veces en tensión con el ámbito privado. Es aquí donde se generan maneras tanto de identificación como de alejamiento social.*

Se concluye entonces desde esta mirada multidimensional (Pasarelli, 2015) que el espacio público es el resultado de la combinación entre la determinación jurídica y el uso social. Es decir, por un lado existen espacios públicos que no resultan accesibles o se encuentran prohibidos y, por otro lado, espacios que a nivel jurídico no se consideran como públicos pero que a partir de su uso comienzan a serlo.

Las políticas neoliberales de los noventa generaron un proceso de segregación socioespacial y una gran fragmentación social. Sumado a esto, comenzaron a fogonearse nociones de inseguridad por parte de las clases dominantes y de los medios de comunicación que provocaron un incremento de las urbanizaciones privadas. Algunos autores (Berroeta Torres y Vidal Moranta, 2012; Esteban Rodríguez Alzueta, 2014) denominan a este fenómeno como “privatización del espacio público” o “pérdida del espacio público”. En el caso de Berroeta Torres y Vidal Moranta (2012) consideran que en la sociedad contemporánea hay una pérdida del espacio público democrático en pos de acelerados procesos de privatización. De esta forma se pierde la capacidad cohesionadora de los espacios públicos, en donde “*calles y plazas se sustituyen por una serie de artefactos urbanos de dominio privado, transformando así el paisaje urbano en fenómenos de homogenización de la ciudad, hipervigilancia y control espacial*” (Berroeta Torres y Vidal

Montana, 2012: 10). Estos autores exponen también otras concepciones sobre el espacio público en donde se cuestiona una visión romántica y se sostiene que en dichos espacios siempre se han establecido dinámicas inestables y procesos de exclusión. *“Las dinámicas inestables y los procesos de exclusión se fundan en una lógica de control y disputa entre la estructura normativa de la sociedad hegemónica y las prácticas de acción de sujetos y colectivos con diferentes tipos de lazos con esa sociedad”* (Berroeta Torres y Vidal Montana, 2012: 12).

Siguiendo esta línea que analiza los espacios públicos en relación a las prácticas de acción por parte de los sujetos, nos resultan significativos los aportes de Michel De Certeau (2006: 56)

*Una sociedad estaría compuesta de ciertas prácticas desorbitadas, organizadoras de sus instituciones normativas, y de otras prácticas, innumerables, que siguen siendo “menores”, siempre presentes aunque no organizadoras de discurso, y aptas para conservar las primicias o los restos de hipótesis (institucionales, científicas) diferentes para esta sociedad o para otras.*

Michel de Certeau (1999) describe los procesos de apropiación del espacio público estableciendo una analogía con las prácticas de lectura. El autor define las “prácticas” como aquello que resulta decisivo para la identidad de un usuario o un grupo, y agrega que esa identidad es la que le permite a los usuarios o grupos *“ocupar su sitio en el tejido de relaciones sociales inscritas en el entorno”* ( De Certeau, 1999: p 8).

*Es como la lectura del texto geométrico de la planificación urbana y la arquitectura desde el consumidor cultural, es decir, el transeúnte pasa a ser el ejecutor de un acto creativo de rememoración y significación del espacio basado en trayectos y mapas, que establece una diferencia entre lugar y espacio, donde el primero vendría a ser la disposición geométrica de objetos en relación y el segundo, “un cruzamiento de moviidades”, de operaciones que se actualizan en una contingencia circunstancial, y que instituyen un lugar practicado* (Berroeta Torres y Vidal Montana 2012: 13).

Por su parte Esteban Rodríguez Alzueta (2014), sostiene que estamos presenciando el fortalecimiento de un patrón espacial diferente, caracterizado por dos sucesos simultáneos. Por un lado, la suburbanización de los sectores más altos de la sociedad y, por otro lado, una hiperdegradación de las zonas marginales. Ambos procesos ocurren en zonas aledañas. Para el autor, los espacios públicos que permanecieron -plazas, parques- se transformaron en “espacios de vigilancia” (Rodríguez Alzueta, 2014: 63), es decir que

dejaron de ser espacios de encuentro y de sociabilidad para convertirse en espacios “lindos” o meramente de circulación siempre bajo atentos controles.

A lo largo de nuestro trabajo de campo en los territorios de Ludueña y Tablada, observamos diferencias de uso y apropiación del espacio público en clave de género. En otras palabras: grandes diferencias en el uso y apropiación del espacio público por parte de los varones en relación a las mujeres.

### 1.3 Las juventudes

Cuando hablamos de jóvenes en el presente trabajo nos referimos a mujeres entre 14 y 29 años que habitan los barrios Ludueña y Tablada. Los estudios sobre juventudes constituyen un campo bastante amplio y extenso. Tomaremos las concepciones propuestas por algunas autoras y autores que nos permitan comprender la complejidad de dicha categoría.

Pierre Bourdieu (1984) afirma que la **juventud** no existe, es una categoría construida, solo una palabra; a la vez que aclara que se construye en tanto representación ideológica de la división de los grupos. Por su parte, Margulis (1996) se aleja de esta postura en su libro “*La juventud es más que una palabra*”, afirmando que el término tiene usos particulares, sentidos singulares y efectos concretos. Ambos autores, a pesar de sus diferencias, se esfuerzan para pensar a las juventudes desde la cultura y no únicamente como categoría que define un grupo etario y homogéneo. En tal sentido, Margulis y Urresti (1996: 78) confrontan la idea de moratoria social como condición *sine qua non* de los jóvenes.

*La juventud se presenta entonces, con frecuencia, como el período en que se posterga la asunción plena de responsabilidades económicas y familiares, y sería una característica reservada para sectores sociales con mayores posibilidades económicas. Esta sería la juventud paradigmática, la que se representa con abundancia de símbolos en el plano mass mediático (...) Desde esta perspectiva, sólo podrían ser jóvenes los pertenecientes a sectores sociales relativamente acomodados. Los otros carecerían de juventud (...).*

Desde esta mirada se busca problematizar la noción de juventud a partir de las diferencias de clase. Para Margulis y Urresti (1996) hay múltiples modos de ser joven, de acuerdo a la incidencia de ciertas variables: la clase social, la generación, el crédito vital y también el género. A los efectos de nuestra investigación nos resultan significativos los aportes de Margulis y Urresti en relación a las diferencias de clase y, fundamentalmente,

de género. Para estos autores, la condición del ser joven se ofrece de manera diferente para el varón y para la mujer.

*La juventud no es independiente del género: es evidente que en nuestra sociedad, el tiempo transcurre para la mayoría de las mujeres de una manera diferente que para el grueso de los hombres, la maternidad implica una mora diferente, una urgencia distinta, que altera no sólo al cuerpo, también afecta a la condición sociocultural de la juvenalización. El tiempo de ser madre se agota, y presiona obligando a un gasto apresurado del crédito social disponible que, si bien puede tener distintas características dependiendo del sector social de donde provenga la mujer, siempre es radicalmente diferente del que disponen los hombres.*

Siguiendo en esta línea que busca no reducir la juventud a una variable biológica ni a definirla como un concepto homogéneo, incluimos los aportes de Rossana Reguillo (2013: 40) para quien la constitución de los jóvenes responde a tres procesos propios de la última mitad del siglo XX:

*a) (...) su paso por las instituciones de socialización, sea este como afirmación o negación; b) (...) el conjunto de políticas y normas jurídicas que definen su estatuto de ciudadanos para protegerlos y castigarlos; c) (...) la frecuentación, consumo y acceso a un cierto tipo de bienes simbólicos y productos culturales específicos”.*

El término “juventudes” resulta más preciso desde esta postura ya que atiende a las particularidades de las múltiples y heterogéneas modalidades del ser joven. Uno de los principales aportes de Reguillo para esta investigación afirma que el Estado y sus principales instituciones (familia y escuela) continúan pensando a la juventud como una etapa de tránsito, es decir, como un período de formación para lograr un futuro de independencia y autonomía, mientras que “*para los propios jóvenes el mundo está anclado en el presente, situación que ha sido finalmente captada por el mercado*” (Reguillo, 2013: 24). En el trabajo de campo, observamos permanentemente el anclaje en el presente para los pibes y las pibas. “*Nosotros vivimos el día a día porque no sabemos qué puede pasar mañana, no sabemos si vamos a estar vivos*”, enunciaban las jóvenes en reiteradas oportunidades. A diferencia de las instituciones estatales, que conciben a las juventudes como un proyecto futuro, el mercado incide fuertemente en la construcción de

subjetividades de lxs jóvenes, ya que lxs concibe como consumidorxs plenos aquí y ahora. Para Reguillo (2013, 45):

*Hablar de un sujeto juvenil supone la elaboración de múltiples articulaciones que, ancladas efectivamente en ciertos rangos de edad, sean capaces de dar cuenta de los arraigos empíricos en que esa edad deja de ser un dato natural y se convierte en un revelador de modos particulares de experimentar y participar en el mundo.*

Asumimos entonces que el ser jóvenes implica una condición social que se constituye en base a diversas variables, como la edad, la clase social, las generaciones pertenecientes a una época, la moratoria vital, las diferencias de género, la relación con el mercado y las instituciones estatales. Son construcciones socio-históricas atravesadas por relaciones de poder que al mismo tiempo generan modos heterogéneos de resistencia.

#### **1.4 La construcción social del rol de la mujer**

Para pensar la construcción del rol social de la mujer debemos desandar el complejo entramado de relaciones políticas, económicas, culturales, religiosas y filosóficas de la historia que dieron origen al sistema patriarcal que regula nuestra sociedad.

Según indica Silvia Federici una de las condiciones para el desarrollo capitalista fue el proceso que Foucault definió como “disciplinamiento del cuerpo”. Desde el punto de vista de la autora (Federici, 2004: 179) dicho proceso “*consistió en un intento por parte del Estado y la Iglesia de transformar las potencias del individuo en fuerza de trabajo*”.

Durante el siglo XVI en Europa Occidental comienza a emerger en todos los campos -el teatro, la política, la filosofía- un nuevo concepto de persona. Hay una nueva noción de individuo que circula en los sectores dominantes, un discurso que entabla una batalla contra el cuerpo. De acuerdo con Max Weber (Federici, 2004) la reforma del cuerpo constituye la ética burguesa capitalista. Desde esa ética, la adquisición sería el objetivo final de la vida, por lo que se pierde el derecho a cualquier forma espontánea de disfrutar de la existencia.

Uno de los pensamientos que se pueden destacar del siglo XVII que se constituyó como un discurso hegemónico es el del pensador Rene Descartes, con su lema “Pienso luego existo”, que pone la centralidad del ser en la mente, es decir, en la superioridad de la razón. El

cuerpo entonces desde esta mirada era pensado como instrumento, como máquina; al cuerpo se lo divorcia de cualquier capacidad de pensamiento. La mente podía conocerlo todo, manipular la naturaleza, de allí la separación hombre-naturaleza, sujeto-objeto. Hay una degradación del cuerpo en esta época; el cuerpo es pensado como una máquina que se regula por el dominio de la razón y el autocontrol de la voluntad.

Otro de los filósofos que se destaca en esta época es Tomas Hobbes, quien en una línea similar al pensamiento cartesiano, sostenía la premisa de la gobernabilidad social, es decir, la necesidad de un poder supremo, el **Estado**, quien estaría encargado de regular las pasiones humanas para evitar la guerra entre los individuos.

Ambos pensamientos se constituyeron como los fundamentos principales de la época temprana del desarrollo capitalista. Para Federici (2004) la mecanización del cuerpo fue el proyecto de la nueva filosofía natural y el punto focal de los primeros experimentos de la organización del Estado. El cuerpo pasa a ocupar el primer plano de las políticas sociales. Se lo concibe como un recipiente de la fuerza de trabajo, un medio de producción, *la “máquina de trabajo primaria”* (Federici, 2004: 187):

*Como ha demostrado Foucault, la mecanización del cuerpo no solo supuso la represión de los deseos, las emociones y las otras formas de comportamiento que habían de ser erradicadas. También supuso el desarrollo de nuevas facultades en el individuo que aparecerían como otras en relación al cuerpo y que se convertirían en agentes de su transformación. El producto de esta separación con respecto al cuerpo fue el desarrollo de la identidad individual, concebida precisamente como alteridad con respecto al cuerpo y en perpetuo antagonismo con él.*

La aparición de este alter ego y la determinación de un conflicto histórico entre la mente y el cuerpo representan el nacimiento del individuo en la sociedad capitalista. Hacer del propio cuerpo una realidad ajena que hay que evaluar, desarrollar, con el fin de obtener de este los resultados deseados, se convertirá en una característica del individuo moldeado por la disciplina del trabajo capitalista (Federici, 2011).

Por su parte, Pierre Bourdieu (1998) emparentado a esta línea teórica, sostiene que hay una construcción social de los cuerpos, pero en dicha construcción social hay para el autor una “dominación masculina” que estaría basada en una arbitrariedad cultural en la división

entre los sexos, que parecen estar “en el orden de las cosas”. Esta idea se presenta en el mundo social y es incorporada en los cuerpos y en los hábitos de sus agentes “*que funcionan como sistemas de esquemas de percepciones, tanto de pensamiento como de acción*” (Bourdieu, 1998: pág. 10). Y agrega:

*El cuerpo y sus movimientos, matrices de universales que están sometidas a un trabajo de construcción social, no están ni completamente determinados en su significación, sexual especialmente, ni completamente indeterminados, de manera que el simbolismo que se les atribuye es a la vez convencional y «motivado», percibido por tanto como casi natural. Gracias a que el principio de visión social construye la diferencia anatómica y que esta diferencia social construida se convierte en el fundamento y en el garante de la apariencia natural de la visión social que la apoya, se establece una relación de causalidad circular que encierra el pensamiento en la evidencia de las relaciones de dominación, inscritas tanto en la objetividad, bajo la forma de divisiones objetivas, como en la subjetividad, bajo la forma de esquemas cognitivos que, organizados de acuerdo con sus divisiones, organizan la percepción de sus divisiones objetivas* (Bourdieu, 1998: 12).

Bourdieu (1998) sostiene que esta situación que aparece como eterna y natural es el producto de un trabajo de eternización que concierne a unas instituciones (interconectadas) tales como la Familia, la Iglesia, el Estado, la Escuela, así como también, en otro orden, el deporte y el periodismo. Se trata de mecanismos complejos que tienen que analizarse en su particularidad histórica, concluye el autor.

En la transición del feudalismo al capitalismo existió un proceso de redefiniciones filosóficas, científicas (basadas en un conocimiento de la “naturaleza humana”), religiosas, en donde el *Estado* se convirtió en el gestor supremo de las relaciones de clase y en el supervisor de la reproducción de la fuerza de trabajo. Bajo el disciplinamiento de los cuerpos, constitutivo del desarrollo capitalista en pos de acumular fuerza de trabajo, hay dos grandes grupos oprimidos y explotados: uno fue el proletariado y otro las *mujeres*. A estas últimas se les otorgó como tarea obligatoria y principal de sus vidas: ser las encargadas de la reproducción social.

El rol asignado a las mujeres es, primeramente, el resultado de un largo proceso en la transición del feudalismo al capitalismo, en donde se fueron expropiando los medios de subsistencia a los trabajadores europeos y se esclavizó el trabajo en América latina en las minas y las plantaciones. Se produjo así una transformación del cuerpo como máquina de

trabajo y se sometió a las mujeres a la reproducción de la fuerza de trabajo, destruyendo su poder organizativo.

Cabe destacar, respecto a la destrucción del poder de las mujeres, el fenómeno que se denominó *cacería de brujas*. Como bien desarrolla Federici (2004), durante la Edad media y en el proceso de transición al capitalismo, se produjo un *exterminio* de todas aquellas mujeres que no respondían a los mandatos establecidos por la iglesia, el poder económico y el poder político. Se trataba de mujeres que bregaban por la libertad sexual femenina, las herejes, las curanderas, las esposas desobedientes, las mujeres que decidían vivir solas, aquellas que desarrollaban métodos caseros de anticoncepción y prácticas de aborto, decidiendo de esta forma el momento de la procreación. Movimientos de mujeres que consideraban que debía elevarse la posición social de la mujer, movimientos que peleaban por igualdad de derechos de hombres y mujeres.

A la par de estos procesos de exterminio, comienza a criminalizarse la anticoncepción en las mujeres, expropiando de esta forma aquellos saberes que se transmitían de generación en generación. Al negarles el control sobre sus cuerpos, el Estado las privó de la condición fundamental de su integridad física y psicológica, degradando la maternidad a la condición de trabajo forzado (Federici, 2004).

Simultáneamente al control sobre la procreación, comienza una devaluación del trabajo femenino. Las mujeres pasan a una condición de no trabajadoras en tanto el trabajo en sus hogares que desarrollaban no es considerado trabajo, incluso si era hecho para el mercado. Ese conjunto de tareas pasa a denominarse *“trabajo doméstico”* o *“tareas de ama de casa”*. De esta forma las mujeres quedan recluidas en ese espacio puertas adentro: limpieza y crianzas de niños, y, por supuesto, la reproducción de la fuerza de trabajo. Todo esto sin percibir ninguna remuneración a cambio.

El matrimonio se presentaba como el único horizonte posible para ellas. Se produce así la invención de la *familia* nuclear centrada en la dependencia económica de las mujeres a los hombres, expulsando a las mujeres de los puestos de trabajo remunerados; a lo que se sumó la desposesión de la tierra. Una combinación letal que condujo a la masificación de la prostitución (Federici, 2004: 143).

Desde el punto de vista marxista, en este proceso de acumulación primitiva, tal como denominó a la transición entre feudalismo y el capitalismo, se propició la privatización de los medios de producción, la acumulación de capital y la explotación de los trabajadores. Pero Marx soslayó la cuestión de género, es decir, el exterminio y la desposesión de las mujeres. Hubo, dice Federici (2004: 90), una “*acumulación de diferencias y divisiones dentro de la clase trabajadora*”, en la cual las jerarquías construidas a partir del **género**, así como las de raza y edad, se hicieron constitutivas de la dominación de clase.

Enmarcadas en el paradigma materialista, un grupo de feministas francesas desarrollaron durante la década del 1970 un pensamiento innovador en cuanto a las jerarquías construidas a partir del género. Para este grupo de mujeres pertenecientes a la tendencia radical del movimiento feminista, la opresión de las mujeres es analizada en clave de clase social. Es decir las diferencias de sexo entre varones y mujeres, corresponde para estas pensadoras a un fenómeno de clase (Colette Guillaumin - Paola Tabet - Nicole Claude Mathieu, 2005).

El punto central de esta corriente de pensamiento establece que ni los varones ni las mujeres son un grupo natural o biológico, no poseen ninguna esencia específica ni identidad que defender y no se definen por la tradición, la ideología, ni por las hormonas — “*sino que simple y sencillamente, por una relación social, material, concreta e histórica. Es una relación de clase, ligada al sistema de producción, al trabajo y a la explotación de una clase por otra*” (2005, pag:8).

*Es una relación social que las constituye en clase social de las mujeres frente a la clase de los varones, en una relación antagónica (ni guerra de los sexos, ni complementariedad, sino que llanamente una oposición de intereses cuya resolución supone el fin de la explotación y la desaparición de las mujeres y de los varones como clase)*

El conjunto teórico desarrollado por este grupo de teóricas Francesas es bastante amplio y complejo, no nos adentraremos aquí en detallar este análisis, incluso en el ámbito académico es un posicionamiento poco conocido, simplemente nos parece un aporte que apuntala la teoría marxista, y que propone un análisis radical y novedoso de la constitución capitalista-patriarcal.

### 1.4.1 Mujeres contemporáneas

Podemos visualizar hoy cómo a lo largo de la historia los sistemas de explotación centrados en los hombres han intentado disciplinar y apropiarse del cuerpo femenino. En esas operaciones ha quedado claro que los cuerpos de las mujeres han constituido los lugares privilegiados para el despliegue de las técnicas de poder y de las relaciones de poder (Federici, 2004).

Actualmente la situación de las mujeres ha variado con respecto a las épocas antes mencionadas. Como menciona la autora Hilda Habichayn (2005, 95) reconocer estos cambios implica *“reafirmar el carácter histórico y cultural del fenómeno”*. De todos modos, consideramos al igual que la autora, que continúan vigentes las diferencias sociales reguladas por el sistema sexo-genero.

Según Bourdieu (1998) los cambios de la condición femenina obedecen siempre a la lógica del modelo hegemónico de la división entre lo masculino y lo femenino. Los hombres siguen dominando en la actualidad el espacio público y el campo del poder (especialmente económico, sobre la producción) mientras que las mujeres permanecen entregadas (de manera predominante) al espacio privado (doméstico, espacio de la reproducción).

Si las estructuras antiguas de la división sexual todavía parecen determinar la dirección y la forma de los cambios sociales en cuanto a los roles y funciones de las mujeres y los varones, se debe para Pierre Bourdieu (1998) a que tales estructuras actúan a través de tres principios prácticos. El primero de esos principios es que las funciones que pueden asumir las mujeres son para el autor una prolongación de las funciones domésticas: enseñanza, cuidado, servicio; el segundo principio procura que una mujer no puede tener autoridad sobre unos hombres, y tiene, por tanto, todas las posibilidades de verse postergada por un hombre en una posición de autoridad y quedar así designada a funciones subordinadas de asistencia; el tercer y último principio es el que confiere al hombre el monopolio de la manipulación de los objetos técnicos y de las máquinas.

Vemos entonces que los cambios culturales que se van dando en las distintas épocas, como por ejemplo la inserción de las mujeres en ámbitos laborales, se siguen asumiendo en la lógica de dominación masculina. A su vez también, no podemos dejar de mencionar que

existen diferencias entre las mujeres en las formas de padecimiento de la dominación masculina. Hay diferencias económicas y culturales que distancian a las mujeres entre sí, y que afectan de diferente manera, objetiva y subjetivamente el modo de sufrir y de experimentar el patriarcado.

Nos parece interesante citar aquí a Michel Foucault, quien ha centrado gran parte de sus investigaciones en las técnicas de poder y disciplina que sujetan los cuerpos.

Según Foucault, en la época feudal y la modernidad temprana, la forma de organización era la de un gobierno sobre el territorio, las tierras que pertenecían al señor feudal. El señor disponía del uso de sus tierras y de sus habitantes (entendiéndolos como parte del territorio). A partir del siglo XVIII, esta forma de organización mutó y la centralidad del gobierno pasó a estar en la administración del grupo humano que se asentaba en el territorio. Foucault (2007) caracteriza a este periodo como “sociedades disciplinarias”. El autor concibe a la disciplina como un tipo de poder que opera sobre los cuerpos. En las sociedades disciplinarias los gobiernos se construyen a través de una red de dispositivos que producen y regulan costumbres, hábitos y prácticas productivas. Por medio de instituciones disciplinarias tales como la fábrica, la prisión, el hospital, la universidad, se estructura el campo social y se construye a los sujetos. El poder disciplinario gobierna, en efecto, sobredeterminando las formas de pensamiento y las prácticas, prescribiendo los comportamientos normales y/o desviados.

Hacia el siglo XX se produce una nueva mutación al interior del capitalismo. Se desarrollan las sociedades de control y lo que Foucault denomina la *biopolítica*. En ellas, a diferencia de las sociedades disciplinarias, se complementan los dispositivos físicos de encierro con nuevas tecnologías basadas en las estadísticas, la digitalización y la comunicación. La biopolítica es el gobierno de la gente como seres biológicos por medio de la gestión de sus cuerpos. Busca “tomar en gestión la vida, los procesos biológicos del hombre-especie, y asegurar no tanto su disciplina como su regulación (...) Más acá de ese gran poder absoluto, dramático, hosco, que era el poder de la soberanía, y que consistía en poder hacer morir, he aquí que aparece, con la tecnología del *biopoder*, un poder continuo, científico: el de hacer vivir” (Foucault, 2007).

El viejo derecho de hacer morir o dejar vivir fue reemplazado por el poder de hacer vivir o dejar morir, mediante la disciplina o poder de normalización, por un lado, ejercido sobre el cuerpo individual: y, por otro lado, como biopolítica, centrado en el cuerpo-especie, buscando la regulación de procesos biológicos como la proliferación, los nacimientos, la salud, la enfermedad, la duración de la vida. Es decir, el gobierno inicial que se daba sobre los territorios, entendidos como la tierra y sus habitantes, se traslada a un dominio sobre los cuerpos y las poblaciones.

En la actualidad, para Rita Segato (2007) nos encontramos frente a un tercer momento de la organización de las formas de gobierno en el que los Estados compiten con agencias no-estatales en el ejercicio del control de la población. El territorio no se encuentra ya constituido por un espacio físico sino por la red extensible de los cuerpos *“Las redes pertenecen al ambiente formateado por el englobante paradigma de la política de la identidad y proveen patrias territoriales sustitutas para la gente común”* (Segato, 2007: 36).

En este nuevo ambiente, sostiene Segato (2007), las personas son las depositarias y portadoras del territorio y la cadena de personas pertenecientes a una red es una población. En este contexto, el cuerpo y muy especialmente *el cuerpo de las mujeres*, por su afinidad arcaica con la dimensión territorial, es el bastidor sobre el cual los signos de adhesión son inscritos. Y concluye: *“El cuerpo inscrito como territorio y su afinidad con el biopoder es la forma última de control y completa la comprensión de la nueva territorialidad y sus demandas por lealtad y antagonismo ostensivos”* (Segato, 2007: 36).

Nos preguntamos entonces: ¿Qué sucede en la actualidad con las jóvenes que desarrollan sus vidas en contextos de precariedad? ¿Cuáles son sus adscripciones identitarias? ¿Qué tipos de entrecruzamientos se producen entre las violencias territoriales y los vínculos entre ellas? Y finalmente: ¿Podemos visibilizar estrategias vitales de supervivencia por parte de las jóvenes?

Muchas investigaciones realizadas en los últimos años describen, cuestionan y analizan las situaciones de violencia que se viven en los sectores populares de la Argentina. Tales investigaciones ponen el foco en las situaciones de violencia que atraviesan los jóvenes

varones. Disputas territoriales que tienen como protagonistas: a narcos, soldaditos, fuerzas de seguridad, violencias entre pibes heredadas de códigos que proponen las bandas, etc. Observamos que hay muy poco material de investigación que aborde las particularidades que atraviesan las mujeres jóvenes de los territorios. Hay una invisibilización de las mujeres jóvenes de los sectores populares híper naturalizada por los distintos actores que conformamos la sociedad. Esto se debe en parte, como bien se desarrolla en algunos estudios, a que tanto el espacio público, como las subculturas barriales (la delictiva por ejemplo) están reguladas por las reglas de la masculinidad, las mujeres jóvenes no pueden adscribir a esas identidades de la cultura de la subordinación (Cozzi, 2013).

## Capítulo 2

---

### Lxs Jóvenes y los Barrios

#### 2.1 Ludueña y Tablada, una somera descripción

*Ludueña* es un barrio popular de la periferia noroeste. Las familias que allí viven provienen en gran parte de provincias como Chaco y Corrientes. Se trata de un lugar con una fuerte impronta carnavalesca, apasionado por el fútbol, pero también atravesado por la violencia, las disputas territoriales, la fragmentación, las problemáticas habitacionales y la vulneración de derechos. Las avenidas Junín y Juan José Paso son las que delimitan Ludueña, y también son el epicentro de la actividad comercial de la zona. Proliferan negocios de ropa, zapatos, comida, electrodomésticos, etc.

La urbanización es precaria, muchas de sus calles son de tierra; cuenta con servicios públicos pero una mayoría de sus habitantes tiene conexiones ilegales. En este territorio hay presencia de organizaciones sociales, comedores comunitarios, instituciones estatales. Pero, fundamentalmente, en la zona se despliega una red de instituciones comunitarias, mayormente escuelas y comedores populares, que forman parte de una comunidad eclesial de base de origen salesiana, fundada por el cura obrero Edgardo Montaldo. Entre las instituciones estatales se destacan efectores públicos de salud como los centros de salud Caritas Guadalupe (provincial), Débora Ferrandini (municipal) y el Juana Azurduy (municipal). En el caso de los comedores comunitarios, se destacan el masivo “San Cayetano”, perteneciente a las comunidades eclesiales, pero también Caacupe, Caminando con María, etc. En cuanto a las instituciones educativas, podemos mencionar a la escuela 1027 “Luisa María Olguín”, conocida popularmente como la escuela del padre Edgardo Montaldo, el cura obrero antes nombrado que supo ganarse, a base de trabajo territorial, el respeto y la estima de los vecinos y vecinas. En dicha escuela funciona también la Orquesta de Ludueña, un proyecto pedagógico, artístico y social forjado por la Secretaría de Cultura y Educación, la comunidad eclesial de base salesiana, y la Fundación Allegro Argentina.

En el barrio también proliferan ferias populares. La más importante se realiza en la Plaza Pocho Lepratti todos los días a partir de las 17, excepto los fines de semana que tienen mayor concurrencia y colocan sus puestos desde más temprano; la otra feria, mucho más pequeña, se desarrolla en Juan José Paso entre la avenida Travesía y las vías del tren.

En la intersección de las calles Bielsa y Magallanes se encuentra ubicado el Centro de convivencia Barrial (CCB), en donde está radicado mi trabajo, espacio de recolección de datos y perspectivas claves para esta investigación. Contiguo al CCB se sitúa un playón, espacio de interacción social clave en esa zona. Muchos jóvenes, sobre todo varones, utilizan el lugar para el encuentro cotidiano: juegan al fútbol, hacen las previas de las salidas, se juntan a tomar, fumar y comer.

En lo que respecta a las economías ilegales, pudimos observar durante la investigación que existe un desarrollo de dos mercados: uno, la venta de drogas; dos, la venta de armas. También se puede mencionar un tercero: los llamados “reduces”, es decir, los lugares en donde se consiguen objetos robados. Algunos de los y las jóvenes entrevistados refieren a las economías mencionadas de la siguiente manera:

*Mi tía la Flavia vende faso y merca, después acá hace poco había un bunker, pero bunker bunker, o sea tienen gente trabajando, que no vive nadie ahí, que solamente está la piecita donde venden y nada más. En cambio la casa de mi tía es una casa de familia, a mi tía nadie la quiere por eso, ellos son como delivery, que vos le mandas un mensaje, y saben a quién venderle, tienen que saber a quién le venden, por ejemplo personas que conocen sí, sino no. Pero ellos no lo hacen ahí, se lo trae un hombre, nosotros le decimos “TÍO” como para chapearla, ahora todos le dicen así, es el que lo manda a mi tío, el marido de la Flavia, porque en realidad el que vende es mi tío.”(Milagros, agosto 2016)*

*Hoy en día conseguir un arma es lo más fácil que hay, teniendo plata en mano o teniendo un contacto, ponele los cadetes que andan repartiendo droga, que vienen y le dan a los pibes, le decís mirá que hay para comprar? Capaz que te dice, una pistola 10000\$, bueno hacemela conseguir, “bueno dale que te llevo” y así vas con él, y ahí lo conoces al que vende, y vos capaz que le llevas otro y así, viene uno y me dice hay para comprar, es fácil, hasta ametralladoras hay para conseguir, hoy en día es muy fácil. O sea con plata en mano conseguís cualquier cosa. (David, septiembre 2016).*

El otro barrio en el que se radica nuestra investigación es **Tablada**. Tiene un origen popular y los vecinos lo nombran de esta manera por los corrales de tablas que se encontraban en diferentes lugares del barrio para guardar los animales que iban a ser sacrificados en el matadero. Se trata de un barrio muy urbanizado, con gran cantidad de habitantes y viviendas. La zona no cuenta con suficientes espacios verdes, aunque en 2017 se inauguró la obra de reconversión del ex Batallón 121 que incluirá la construcción de un parque público con espacios recreativos y de esparcimiento en un predio de 30 hectáreas.

El Centro de Convivencia Barrial “La Tablada”, el otro espacio neurálgico de desarrollo de nuestro trabajo de campo, se encuentra ubicado en la calle Necochea entre Ameghino y Garibaldi, al sur de la ciudad. En las zonas aledañas al CCB, sobre las calles Ameghino, Colón, Ayacucho y Garibaldi, las viviendas son de material o de material y chapa. En general tienen una habitación y están habitadas por familias con más de un núcleo. Además, frecuentemente, en el mismo terreno se construyen otras viviendas internas, por lo que son comunes los pasillos. Allí las construcciones son todavía más precarias -de madera y chapa o chapa únicamente.

Entre las principales instituciones encontramos el Centro de Salud Luis Pasteur (municipal), el Centro de Salud Rubén Naranjo (municipal), el Centro de Salud N° 10 Villa Manuelita (provincial), y el Centro de Salud N° 29 Araoz de la Madrid (provincial).

Entre las escuelas primarias se encuentran la Escuela Particular Incorporada N° 1417 San Pablo, la Escuela N° 1078 John F Kennedy, la Escuela N° 114 Justo Germán Deheza, la Escuela N° 61 Juan Galo Lavalle, la Escuela N° 85 Esteban Echeverría y la Escuela N° 6430 Isabel la católica.

Por su parte, las escuelas de nivel medio con mayor influencia en la población son las siguientes: la Escuela de Enseñanza Media (EEM) N° 436 Juan Mantovani; EEM N° 551 Sonia Beatriz González; y Escuela Técnica N° 2051 Nuestra Señora de Fátima. Además se encuentran la Escuela Especial N° 2049 Antonio Berni, el Centro de Capacitación Laboral N° 19 y, el Centro de Educación Física N° 36. Entre las asociaciones de la sociedad civil podemos mencionar el Centro Comunitario “El progreso” y el Club “Aurora”.

Durante el trabajo de campo encontramos una serie de características que se dan en ambos territorios (Ludueña y Tablada). En base a diagnósticos desarrollados por los equipos de trabajo interdisciplinarios en los CCB, supimos que las mujeres son mayormente amas de

casa y los varones se encuentran en situación laboral informal, realizando changas, o bien están desempleados. Generalmente las familias acceden a planes sociales como la Asignación Universal por Hijo, que en muchos casos es el único ingreso mensual. Las mujeres se muestran mayoritariamente como las *jefas* de familia. El nivel educativo alcanzado por los adultos es primario completo y, en segundo lugar, secundario incompleto.

Claramente la problemática más acuciante en ambos territorios es el alto nivel de violencia en el espacio público, situación que obliga a las familias a transcurrir la mayor parte del tiempo encerrada en sus hogares, dificultando la movilidad y la participación en las instituciones. En trabajos realizados en ambos CCB con grupos de jóvenes en los últimos años se releva que la principal problemática es la violencia que experimentan entre sí como consecuencia de disputas territoriales. La mayoría de las historias que narran estos/estas jóvenes dan cuenta de enfrentamientos entre bandas, y entre bandas y la policía. A su vez, muchos de ellos tienen familiares, amigos o conocidos, asesinados y/o baleados, o bien fueron victimarios de otras bandas. Dentro de la lógica barrial, este tipo de situaciones los convierte en posibles blancos de ataques, ya sea por venganza o agresiones de una banda contraria.

En resumen, la vida juvenil, en especial la de los varones, está formateada por la violencia, los circuitos delictivos, el consumo de sustancias, el paso por instituciones carcelarias, y por la falta de oportunidades para incluirse en el circuito de trabajo formal; muchos de ellos tienen o tuvieron alguna “banda” con los *privilegios* y *peligros* que esta situación conlleva. A su vez, es alarmante el número de casos de violencia policial contra los jóvenes. Se reiteran las detenciones en la calle, los maltratos verbales y físicos agravados en el caso de los jóvenes por la multiplicación de humillaciones sexuales, como los manoseos. Los policías participan, en ciertos casos, en los circuitos delictivos (cobrando coimas, liberando zonas, permitiendo la construcción de bunker), según los testimonios recogidos en las entrevistas y en conversaciones informales.

En el libro “Quien lleva la gorra” (Juguetes Perdidos, 2014) se analiza esta situación particular que padecen los habitantes de las periferias:

*Existe una desigual distribución social, geográfica, etaria y de género a la exposición a la precariedad, a los desbordes y a las violencias. Son diferentes los accesos a la infraestructura urbana, a los cuidados de la salud, a las redes a las que apelar ante la quemazón urbana y laboral (psicólogos, terapias alternativas, descansos)”(Juguetes Perdidos, 2014: 51).*

En el marco de mi práctica laboral realizada en el CCB en Ludueña entre el 2014 y el 2016, y luego en Tablada desde 2017 hasta la fecha de cierre de la escritura de esta tesis, he conocido grupos de jóvenes varones y mujeres entre 13 y 29 años. Jóvenes atravesados fuertemente por los contextos antes analizados. Conocer sus historias desde muy cerca abrió interrogantes: ¿Qué pasa con los pibes y las pibas de los barrios populares? ¿Qué códigos se van gestando en ese contexto? ¿Cómo se posicionan frente a miradas de una sociedad que los excluye? ¿Qué estrategias desarrollan frente a los mercados ilegales? ¿Frente a las fuerzas de seguridad (gendarmes, policías provinciales)? ¿Qué vínculos tienen con el mercado y sus estrategias de consumo? ¿Las políticas sociales? ¿Cómo es la relación con otros grupos de jóvenes de otros barrios o zonas del propio lugar en el que viven? ¿Cuál es la relación con los medios de comunicación?

Algunos de estos interrogantes hemos podido ir respondiéndolos pero siempre tuvimos mayores dificultades en el caso de las mujeres. ¿Qué ocurre con las pibas? ¿Cuáles son los diferentes roles que se van asumiendo en las interacciones que se producen entre ellas y los diversos actores que forman parte de su contexto? ¿De qué manera esos roles van construyendo sus identidades? ¿Cómo se muestran? ¿Cuáles son sus gustos? ¿Sus modos de relacionarse? ¿Los códigos propios? ¿Cómo se diferencian de los varones? ¿Qué lugar ocupan los medios en su vida (redes sociales, programas televisivos) en sus vidas?

El siguiente capítulo es el primer paso para intentar abordar estos interrogantes para los dos casos elegidos: Ludueña y Tablada.

## **2.2 Mujeres Jóvenes de barrios Populares. El caso de los barrios Ludueña y Tablada. Una breve descripción.**

En el caso de Ludueña, se trata de un grupo de jóvenes mujeres de entre 13 y 29 años que conocí en el marco de mi práctica laboral en el Centro de Convivencia Barrial Ludueña Norte, donde desempeñé tareas de educadora social. Uno de los interrogantes que atravesaba al equipo de trabajo en el CCB era qué pasaba con las jóvenes y los espacios públicos. El playón aledaño al CCB aparecía habitado preponderantemente por pibes y lo mismo ocurría con los espacios de jóvenes que se impulsaban desde la Secretaría de Desarrollo Social. Sin embargo, en 2014 se acercó un grupo de chicas demandando un

espacio para ellas. Desde entonces las relaciones se fueron forjando a partir de actividades aparentemente banales como maquillaje, organizaciones de cumpleaños de quince, entre otras cosas. Durante el verano el grupo se consolidó. La colonia de verano fue el momento en que la participación de ellas fue masiva y permanente: solicitaban nuevos encuentros, charlas, salidas. Así fue que conocimos a este grupo de chicas jóvenes de entre 13 y 29 años. En los encuentros con ellas observábamos grandes diferencias si se las comparaba con la vida de los jóvenes varones. En principio estas diferencias se evidenciaban en las restricciones en la circulación por el espacio público, como así también los roles al interior de los hogares en donde las jóvenes padecían rígidos mandatos familiares. Se las obligaba a realizar tareas de limpieza y asumir roles de cuidado de familiares; a la vez que se les prohibía las salidas. Otra dimensión la observamos en el tipo de vínculos que tramaban entre ellas, caracterizados por una agresividad diferente a la de los pibes, mayormente simbólica, en general motivada por conflictos en torno a relaciones amorosas con varones.

En el caso del barrio Tablada, en el marco de mis tareas como educadora en el CCB conocí a un grupo de mujeres jóvenes de entre 13 y 29 años. Todas ellas madres de niñas que asistían a la sala de primera infancia. Las conocimos a partir de una convocatoria de los y las referentes de lxs niñas de la sala, a la que, finalmente, solo asistieron mujeres. De esta forma el espacio terminó llamándose “espacio de las madres de la sala”. Esta situación nos generó muchos interrogantes y también la posibilidad de introducir algunas hipótesis. Una de ellas es que las mujeres jóvenes establecen vinculaciones institucionales casi exclusivamente a partir de la participación de sus hijxs. Ya sea en instituciones educativas, centros de salud, comedores comunitarios, etc. Dicho con otras palabras, su relación con las instituciones se da a partir de una dimensión preponderante en sus vidas: los roles de cuidado.

Entre las preguntas que fuimos formulando, surgieron las siguientes: ¿Qué estructuras sostienen la división de roles en los territorios? ¿Qué mecanismos ponen en marcha las jóvenes para resistir la división sexual del trabajo? ¿Qué sucede en el vínculo entre ellas? ¿Se crean lazos de solidaridad de género o se reproducen vínculos agresivos y competitivos? ¿Qué estrategias de supervivencia despliegan (si es que lo hacen) ante el

sistema patriarcal? ¿Puede presentarse el universo de las redes sociales como un espacio privilegiado de resistencia para las pibas?.

En el próximo capítulo nos proponemos comprender en detalle la asunción de las pibas de las tareas domésticas y los roles de cuidado, un tipo de trabajo invisibilizado, gratuito y clave para la reproducción familiar y social.

## Capítulo 3

---

### Relación con las tareas domésticas

*Yo me levanto, lo cambio a Benja, mi hijo de dos años, y me pongo a limpiar, y después mientras estoy limpiando, le saco los juguetes, para que él juegue mientras yo limpio, nos levantamos tipo 8 30, después termino de limpiar y si tengo que lavar me pongo a lavar. O sino me pongo a jugar con el Benja.* (Yanina, 22 años agosto 2016)

*Acá todo hace la mujer, siempre la mujer, el hombre porque trabaja. Tengo mis amigas, mi hermanas, somos ocho hermanas mujeres, tenemos tres sobrinas grandes también, y es lo mismo, siempre la mujer. La mujer es todo, la mujer tiene que limpiar, la mujer tiene que lavar, y ellos porque trabajan hasta las cinco de la tarde tienen que venir y acostarse. Las mujeres por ahí no somos independientes, yo por lo menos no puedo decir no, hoy no cocino, porque empiezan los hombres: “claro yo trabajé todo el día, tengo hambre, cómo no vas a cocinar, vos que estuviste todo el día dándole a la lengua cómo vas a decir que estas cansada!. Entonces tenes que cocinar.”* (Nadia, 26 años, agosto 2016)

*Me levanto, tomo mates con mi mamá, mis hermanos, mi cuñada, y bueno después me pongo a limpiar, cuando termino de limpiar me voy a la escuela, o vengo para acá para el CCB, o cualquier cosa, pero no puedo estar sin hacer cosas.* (Fernanda, 17 años septiembre 2016)

*Yo me peleo siempre con mi mamá, porque ella se va y me deja al Ciro para que lo cuide. Y si le digo algo, me dice “cállate la boca que acá no te falta el plato de comida gracias a tu padrastro”. Pero yo no sé para que tuvo otro hijo si no lo cuida nunca.* (Cati, 19 años, noviembre 2018)

*La ayudo a mi tía, por ahí mi tía lava la ropa y yo paso la escoba, la Noe lava los platos, la Evi cocina y así* (Milagros, 17 años agosto 2016).

*Yo tengo toda la casa limpia y la comida lista para cuando llega el Eze, porque a él le dan una hora para almorzar, entonces viene a casa y tiene que estar todo listo porque tiene poco tiempo.* (Daiana, 26 años, noviembre 2018)

Lo que observamos en estos testimonios es que, por una parte, las jóvenes tienen la obligación de llevar adelante las tareas del hogar porque son mujeres. La división sexual del trabajo indica que los varones salen a trabajar y las chicas cumplen trabajos en el ámbito doméstico. Esas labores imprescindibles padecen la falta de reconocimiento como un trabajo. Este orden social se vincula íntimamente con un disciplinamiento histórico

hacia los cuerpos femeninos. Una sucesión de acontecimientos históricos impuestos por la iglesia en alianza con el Estado. El control sobre la procreación, el proceso de naturalización del trabajo femenino en sus hogares, la constitución del sistema familiar como modelo hegemónico, la persecución de mujeres y la cacería de brujas, dieron origen a una figura: la ama de casa. Las labores realizadas por las mujeres puertas adentro no se consideran productivas pero sí cuando esas mismas tareas son realizadas en hogares ajenos. Retomamos aquí los planteos de Silvia Federici (2014) cuando sostiene la “redefinición de la familia como lugar para la producción de la fuerza del trabajo”. La mujer se necesitaba en el hogar para que el hombre pueda llevar adelante su trabajo productivo en el campo o las industrias. En un mismo sentido, se tornaba indispensable aumentar la mano de obra en los talleres y quienes tenían la capacidad de aumentar esa productividad eran las mujeres cuando procreaban. Estos disciplinamientos hacia los cuerpos femeninos ubicaron a las mujeres en un lugar de subordinación respecto a los hombres. *“En la clase alta era la propiedad lo que daba al marido poder sobre su esposa e hijos, la exclusión de las mujeres del salario daba a los trabajadores un poder similar sobre sus mujeres”* (Federici, 2004 pág.: 149).

Hoy, a cuatro siglos de los procesos históricos, políticos y económicos analizados por Federici, se observa que tales prácticas continúan vigentes. Un ejemplo es Nadia, cuyo marido le exige que haga la comida ya que *“estuvo dándole a la lengua todo el día”* mientras que él estuvo trabajando. Este tipo de exigencias aparecen como cotidianas en la vida cotidiana de las pibas entrevistadas. Nadia introduce un relato crudo de esta situación: *“Ellos porque trabajan hasta las cinco de la tarde, tienen que venir y acostarse. Las mujeres por ahí no somos independientes”*. Su conformidad se apoya en que no es la única que se dedica a las tareas domésticas y de cuidado sino que todas las mujeres lo hacen, incluidas sus hermanas y sobrinas.

El relato de Nadia nos permite introducir una mirada situacional: *“Acá todo hace la mujer, siempre la mujer”*. El “acá” da cuenta de una inscripción territorial que determina cuál es el rol de las mujeres en las periferias, a diferencia de otros sectores sociales en los que las tareas domésticas pueden en ciertos casos ser delegadas a través de un pago hacia otras mujeres.

Otra de las problemáticas que surgió en las entrevistas es el poderoso deseo de las mujeres de irse de sus casas. Las jóvenes manifiestan hartazgo. No soportan las peleas con sus madres, la violencia doméstica, el agobio del encierro, etc.

El colectivo Juguetes Perdidos analiza la implosión de los hogares en la vida contemporánea en los barrios populares:

*La casa y los trabajos, las imágenes cotidianas de asfixia por hacinamiento, el parejismo o la familia tentacular replegada en pocas habitaciones, todo convive con el consumo y con la invasión de pantallas-de todos los tamaños y formas-que también ayudan a perforar ese rejunte opresivo (...) y tanto interior llama al desborde, al reviente, al estallido anímico (Juguetes Perdidos, 2014: 57).*

En esos interiores estallados el padecimiento de las mujeres es todavía más insoportable que para el resto, puesto que la casa es el escenario en donde trabajan y mayormente pasan sus vidas. Lo que ocurre es que la salida posible de sus hogares se da a partir de embarazos y mudanzas con sus parejas. Tal situación también se puede leer en clave histórico-política. Federici habla del “patriarcado del salario” para referirse a las políticas que impidieron en los orígenes del capitalismo concebir el trabajo de la mujer como asalariado: “*Hacía imposible que las mujeres tuvieran dinero propio, creando así las condiciones materiales para su sujeción a los hombres y para la apropiación de su trabajo por parte de los varones*” (Federici, 2004:150).

Veamos a continuación algunos ejemplos:

*Juan era mi sostén, y yo decidí irme a vivir con él por eso, por la peleas de mis viejos. Por eso me junté, porque yo no quería estar más en mi casa (Yanina, 22 años, septiembre 2016).*

*Yo ponele como que peleaba mucho con mi mamá me junté para irme de mi casa, porque era así, ahora es así (Milagros, 17 años, agosto 2016).*

*Yo no aguanté más mi casa, me fui y lo dejé al Thiago con mi mamá, y me junté con un viejo que vende drogas. Me compra ropa, me compra celular, pero me tiene controlada todo el día, en cualquier momento lo saco de vuelo. (Nadia, 26 años, agosto 2018)*

Lo que sucede después de ensayar esas estrategias para salir del encierro es que se vuelven a reproducir las mismas prácticas que padecieron en sus casas. De manera tal que lo que vemos es un continuum entre un control muy fuerte hacia las jóvenes aplicado por sus familias y luego por los maridos o novios. En el caso de Nadia, finalmente ella abandonó su

casa familiar pero dejó a su hijo con su mamá. Esta decisión hizo que recibiera una dura condena social. La renuncia al mandato de la maternidad no fue soportado por familiares y vecinos. Su sobrina afirma: *“Nadia lo tuvo al Thiago, y lo buscó eh, no es que no quería, lo cuidó y lo tuvo bien hasta el año y medio y después se fue con un macho”*. Aquí surge nuevamente la dimensión histórica. Rita Segato (2016: 17) afirma que el género revela *“cómo es la escena del poder, porque las relaciones de género en mi concepción son la primera escena del poder, la pedagogía básica de todos los otros poderes”*.

Una primera conclusión que elaboramos es que se torna realmente complejo fugarse o moverse con autonomía para las pibas. Las caminatas habituales por Ludueña y Tablada nos permitían observar las casas con sus puertas y ventanas abiertas, el agua corriendo por las veredas, el olor a cemento mojado, y el ritmo de los acordeones y los timbales de la cumbia mientras las mujeres iniciaban la ceremonia doméstica del trabajo y los cuidados.

En el próximo capítulo analizaremos los modos de habitar el espacio público por parte estas jóvenes mujeres y sus nítidas diferencias con los modos puestos en marcha por los varones de su edad.

## Capítulo 4

---

### Mujeres y espacios públicos

En las observaciones que hicimos en los espacios públicos encontramos dos imágenes hegemónicas: una primera, mujeres vestidas con jean y remeras ajustadas, maquilladas y peinadas con sus pelos recogidos, preocupadas por su imagen corporal, con accesorios de moda. Y una segunda: mujeres paseando a sus hijos en cochecitos, carritos y bicicletas. Estas dos imágenes no necesariamente están escindidas entre sí. En la mayoría de los casos, a estas mujeres se las ve circular por el barrio, transitar de un lugar a otro, pero no detenidas en un punto de encuentro, como puede ser la esquina o la plaza; tal vez se las observa en la vereda de alguna casa tomando mates pero solo de manera momentánea. En cambio, a los varones sí se los encuentra permanentemente reunidos en esquinas, veredas y plazas. Si ellas deben circular, ellos pueden detenerse.

Esta imagen preliminar nos permite introducir una primera hipótesis: las mujeres comprenden los espacios públicos como vías de circulación de un punto a otro más que como un espacio privilegiado de socialización y producción de subjetividad, tal como ocurre con los varones, cuyas vidas se construyen a cielo abierto, entre las esquinas y las plazas del barrio. Veamos al respecto algunos testimonios de las jóvenes entrevistadas:

*Sí, por ahí me junto acá en la plaza pero no soy de venir mucho, no me junto mucho con nadie, por ahí vengo nomás acá al CCB (Centro de Convivencia Barrial) con mis compañeros y nada más, o me voy a la casa de la Anto, o me vengo a la casa de Florencia o me quedo en mi casa (Fernanda, 17 años, septiembre 2016).*

*Yo no soy de juntarme en el playón. Yo veo que por ahí algunas vienen a tomar mates, con los hijos y así, o por ahí vienen a traer a los nenitos a jugar a la pelota. Por ejemplo mi tía lo trae siempre a jugar a mi primo a la pelota, pero si no es con los chicos no vienen (Milagros, 17 años, agosto 2016).*

*No, yo ando siempre en mi casa, mis hijos vienen acá al playón las veces que vienen al CCB y hacen actividades, pero después no, no por nada, porque vivo a dos cuadras. Pero prefiero estar sentada en la vereda de mi casa, vienen mis amigas a tomar mates (Nadia, 26 años, agosto 2016).*

*A veces nos juntamos en la plaza, al lado del CCB, en el playón. Si no en la casa de alguna. Nos juntamos a tomar mates, y como todas tienen hijos, ellos se quedan jugando, tomamos mates, y ellos juegan en la placita con la arena, con los juguetes.*

*Venimos tipo dos o tres de la tarde y nos quedamos dos horas nomás, o si no vamos a la feria (Yanina, 22 años, septiembre 2016).*

En el caso de Ludueña, uno de los lugares públicos más representativos es el playón. Sin embargo, prácticamente no es habitado y apropiado por las mujeres jóvenes, con la excepción de aquellas que –como decíamos– llevan a sus hijos e hijas. El testimonio de Milagros, Nadia y Yanina muestran otra dimensión de la relación entre las mujeres y los espacios públicos: no están por una necesidad propia sino por la necesidad de otros (hijos o hermanos). De alguna manera es la continuidad, a cielo abierto, de sus funciones de cuidado domésticas. Pero eso no significa que, con esta excusa, no desplieguen una socialización en el encuentro con otras madres, hermanas, o amigas. Obviar la gestación de estos vínculos sería ubicarlas en una posición únicamente pasiva frente a los mandatos padecidos.

Sin embargo, el avance de los poderes territoriales (economías ilegales como las bandas de narcomenudeo, etc) implicaron un retroceso general en la ocupación del espacio público que perjudica todavía más la urdimbre de lazos y redes de solidaridad entre las mujeres mientras cuidaban a sus hijos o hijas o hermanos y hermanas. Una hipótesis: los espacios públicos en barrios populares como Ludueña y Tablada también están determinados por las dinámicas violentas. No se trata de cartografías fijas sino móviles, al compás de las reyertas, las broncas, las venganzas, las disputas. La vida de las pibas se desarrolla en el cruce entre los históricos mandatos patriarcales y las dinámicas contemporáneas propias de las periferias.

En el caso del barrio Tablada ocurre un proceso similar, aunque cuente con menos espacios públicos y una mayor densidad poblacional. Según relatos y nuestras observaciones, las esquinas representan los lugares privilegiados de encuentro para los jóvenes varones. Allí conforman la identidad bandas reconocidas como “*la banda de Ameghino*” y “*la banda de Centeno*”. No ocurre así en el caso de las jóvenes. Para ellas juntarse ahí es de “*peladero*” o “*chome*”. Estas nomenclaturas refieren, en el primer caso, a jóvenes mujeres que salen con muchos varones, es decir, “*se suben a cualquier moto*”; el segundo refiere a pibas “*gronchas o masculinizadas*”.

Otra de las preguntas iniciales en las entrevistas realizadas a varones y mujeres adolescentes era la siguiente: ¿Cómo comenzaban su día? Se les solicitaba que nos describieran sus actividades desde que se levantaban hasta que se iban a dormir. En este punto es donde se observaban las mayores diferencias entre unas y otros en su vínculo con el espacio público. En el caso de las jóvenes, las mañanas comienzan con rutinas de limpieza del hogar, o tareas de cuidado, que ya detallamos anteriormente. En los varones entrevistados, por el contrario, parecería no haber rutinas estrictas, mucho menos ligadas al cuidado del hogar o de hermanos o hijos pequeños; en sus derivas siempre aparece la calle, la esquina y la plaza como principales escenarios de construcción de sus subjetividades. Así lo testimonian algunos de ellos:

*Me levanto, estoy un rato con mi familia, y después salgo a ver qué onda los pibes. Y nada, cómo siempre me quedo ahí un rato con ellos, volamos los pelos, si no agarramos las bicis y nos vamos por ahí a la Florida, a las cuatro plazas, nos vamos en bici, en colectivo, o en moto, y nos vamos a pasar el día allá (Cambá, 18 años, octubre 2016).*

*Un día de semana es empezar la mañana, en el verano sentarme en la puerta a tomar mate con la familia, después venir a jugar a la pelota un rato con los compañeros, y estar hasta tarde tomando una gaseosa. Capaz que ya van diez que tomas y después te vas a dormir, o capaz sale una comida, ahí con los compañeros y pasa el día así (David, 25 años, septiembre 2016).*

*Nos juntamos ahí en los bancos, capaz que uno trae la parrilla, una chapa, y nos ponemos hacer ahí, todo rápido y comemos todo ahí, no buscamos lugares exigentes para reunirnos (David, 25 años, septiembre 2016).*

*Si andamos, pero bueno tampoco tan tarde. Ahí tranquilos, por ahí andamos en una, a veces hay una casa y bueno vamos, si no estamos ahí en la placita fumando. Pero ahí tenes que tener cuidado de la bronca, de las personas que te quieren hacer mal (Crillin, 18 años, Agosto 2016).*

Los jóvenes varones transcurren gran parte de sus días al aire libre, en la calle junto a sus pares. Esta posibilidad les permite construir vínculos con amigos, divertirse, pero también las derivas callejeras engendran riesgos. Así lo afirmaba Crillin cuando mencionaba que había que cuidarse de las broncas para que no lo mataran. Mostraremos a continuación un análisis al respecto:

*A grandes rasgos, la subjetividad de los varones se construye casi plenamente en situación, puesto que son las prácticas construidas en el territorio, y no en la escuela o la familia, las que marcan fuertemente a los sujetos. Los referentes identificadorios son sus pares, las reglas que rigen sus comportamientos están elaboradas a partir de la*

*demanda de cada situación, las valoraciones o moralidades se configuran en relación con los próximos, legitimándose en la frontera del grupo (Duschatzky, Corea, 2001: 62).*

Las autoras del texto citado proponen como hipótesis que los jóvenes de los barrios populares construyen sus subjetividades en situación. Este proceso está marcando una mutación: el pasaje de una hegemonía de los Estados-nación a las sociedades de mercado. Habría en esta mutación una pérdida de eficacia de las instituciones disciplinarias -familia, escuela, el trabajo, etc.- que funcionaban como horizonte de todas las prácticas y representaban bloques firmes de construcción de las identidades. En la actualidad, afirman las autoras, el *otro* no se instituye a partir de la ley estatal sino a partir de las regulaciones grupales. *“El otro, el par, y no la autoridad simbólica inscripta en la tradición, el saber y la legalidad estatal, puede anticipar algo de lo que va a suceder porque ha vivido en la inmediatez que compartimos”* (Duschatzky, Corea, 2001: 34)

Duschatzky y Corean (2004) señalan, a su vez, que las diferencias de género no se basan en diferencias inscriptas en un suelo instituido, sino que se trataría de varones y mujeres que establecen diferencias claras entre sí pero sin posiciones fijas (Duschatzky, Corea, 2001: 60). En las dinámicas analizadas en barrio Ludueña y Tablada, sin embargo, nosotros sí comprobamos que las mujeres jóvenes reproducen mandatos históricos que habitualmente reproducen las instituciones disciplinarias. Ellas ocupan concretamente el centro de las tareas domésticas.

Eugenia Cozzi (2013) analiza las violencias territoriales de dos barrios populares de la ciudad de Santa Fe. En su investigación describe que se construyen criterios de legitimidad e ilegitimidad en los usos de las violencias. Dichos criterios excluyen a las mujeres como protagonistas de escenas de violencias, siendo los varones únicamente quienes construyen identidades y adquieren prestigio formando parte del espacio público. Las calles y plazas son apropiadas por varones. Este dato da cuenta de la construcción de un criterio de legitimidad: juntarse en la calle, en la esquina o en la plaza “es cosa de hombres”, forma parte, parafraseando a Rita Segato (2013), de la construcción de masculinidad en los territorios, es decir, de la fraternidad masculina a través de la cual se establecen lazos de

hermandad pero también de jerarquías a las que responder para seguir siendo parte. Tales jerarquías se construyen a través de códigos y reglas barriales<sup>2</sup>.

En el próximo capítulo abordaremos a partir de casos concretos las siguientes preguntas: ¿dónde están las pibas?, ¿Cuáles son sus lugares privilegiados de socialización? ¿Cómo *rajan* de sus roles predeterminados socialmente?

---

<sup>2</sup> Para profundizar el conocimiento de los códigos y reglas que regulan las grupalidades masculinas sugerimos leer el material de Eugenia Cozzi “De juntas, clanes y broncas: Regulaciones de la violencia altamente lesiva entre jóvenes de sectores populares en dos barrios de la ciudad de Santa Fe”.

## Capítulo 5

---

### Microestrategias que despliegan las chicas

De acuerdo con Gilles Deleuze y Felix Guattari (1998: 9) en la sociedad hay múltiples líneas o segmentos que la conforman:

*Hay líneas de articulación o de segmentariedad, estratos, territorialidades; pero también hay líneas de fuga, movimientos de desterritorialización y de desestratificación. Las velocidades comparadas de flujo según esas líneas generan fenómenos de retraso relativo, de viscosidad, o, al contrario de precipitación y de ruptura. Todo eso, las líneas y las velocidades mesurables, constituye un agenciamiento.*

Siguiendo esta línea teórica, podemos decir que las jóvenes realizan actos de fuga que les permiten sortear aunque sea momentáneamente las estructuras predominantes en las que se encuentran sometidas. Si bien en los barrios estudiados el espacio público es el lugar privilegiado de socialización masculina, fuimos conociendo en nuestras observaciones y entrevistas movimientos desafiantes de las jóvenes en su circulación por la calle. Juan Pablo Hudson (2016: 14) analiza esas líneas de fuga desplegadas por las pibas en las periferias de la siguiente manera:

*(A las adolescentes en los barrios) les imponen labores consideradas como naturales para las mujeres: cocinar, limpiar y cuidar a los hermanos. El encierro, entonces, se torna asfixiante en un período de la vida en el que existe una fuerte necesidad de protagonizar experiencias, de tener relaciones amorosas, amigos, o incluso asumir pequeños riesgos (Hudson, 2016: 14)*

Las pibas forjan una actitud de alerta activa. Se presenta como un modo de estar a la espera de fugaces momentos que les permitan desplegar cierta autonomía. “*Mi mamá me acompaña hasta la parada de colectivo todas las mañanas para ir a la escuela, pero muchas veces yo me subo y me bajo a un par de cuadras para ir a la casa del Chaque*”. Este enunciado pertenece a una de las jóvenes de Ludueña. El Chaque es su novio. “*Le dije que me quedaba a dormir de mi sobrina y nos fuimos a una joda, fuimos a la joda de un amigo*”, relata por su parte Fernanda de 17 años de Tablada. Y agrega: “*Mi mamá dice que tiene miedo, que todavía soy chica. Que tengo que terminar los estudios, que tengo que empezar otras cosas, la joda es para después*”. Sumamos el testimonios de María

Belén de 24 años, quien vive con su pareja y sus hijos: *“Mi marido tiene que viajar por trabajo, cuando no está me siento más tranquila, puedo hacer mis cosas. Aunque a veces me pide que le mande fotos para ver donde estoy, pero yo me las arreglo, jaja”*. La joven nos cuenta que desde que empezó a trabajar pudo volver a “conectarse con lo social”, entonces ahora, cada vez que su marido viaja, aprovecha para realizar actividades fuera de su casa, una posibilidad denegada si él está presente.

También pudimos observar que se despliegan estrategias a través de los dispositivos móviles. Si bien las comunicaciones que establecen las jóvenes vía Facebook, Instagram o Whatsapp son controladas por sus madres, padres, novios, maridos, siempre existen, aun si pequeñas y limitadas, fugas a esos controles. Cuando salen de la escuela suelen argumentar quedarse sin crédito o sin batería y demoran las llegadas a los hogares para vivir por un rato las intensidades callejeras. *Curten* con varones, con mujeres, con trans<sup>3</sup>, organizan peleas en la calle que se transforman en espectáculos, luego son viralizados en las redes sociales. En otros casos, los cortes que realizan las jóvenes a sus rutinas cotidianas son más radicales. Algunas jóvenes se escapan. Es el caso de Damaris, una joven de 15 años, que se ha fugado en múltiples ocasiones. Se retira de su hogar y se junta con los *“pibes de la vía”*, consume drogas y curte la calle soportando todo tipo de estigmas que se le carga por su condición de mujer: *“peladero, drogadicta, sucia”*. Pero ella vuelve a hacerlo, asume fuertes riesgos para vivir el agite y la fiesta nocturna. *“Yo me voy, en mi casa no soporto a nadie”*, afirma. Damaris vive con su madre, quien estuvo presa varios años y actualmente trabaja de noche cuidando ancianxs, su hermano, quien tiene pedido de captura por robo calificado, primos, primas, tíos y tías, y una abuela. La abuela relata: *“Ya no sé cómo controlar a Damaris. (..). Cuido a diez nietxs, les hago la comida, lxs llevo a la escuela, no doy más”*. En este tipo de testimonios podemos reconocer la crisis de instituciones como la familia y los modos de habitar ese desmoronamiento por parte de pibas como Damaris.

---

<sup>3</sup>Conocimos a lo largo de nuestra investigación algunos casos de jóvenes mujeres que salen con varones trans. Se observa que se trata con naturalidad la construcción de género entre los y las jóvenes, y que se ha reafirmado a partir del tratamiento mediático de estos temas. Se menciona en varias ocasiones la novela “100 días para enamorarse” como para ejemplificar los casos. *“Ella sería como Juani, el de la novela”* nos dicen.

Nicole, de Tablada, tiene 16 años y vive con su novio. Él la deja encerrada cuando se va a trabajar. Pero Nicole se escapa, aprovecha alguna oportunidad para ir sola a comprar cigarrillos, se toma un colectivo y se va a la zona oeste a la casa de su abuela.

Sobre las estrategias que ponen en marcha las pibas para evadirse de sus hogares y los controles disciplinarios de familiares y parejas, compartimos a continuación el siguiente análisis:

*En general se invisibilizan sus vitalidades (de las pibas), o se las empujan lo más lejos posible de estos cuerpos jóvenes. Las desean los narcos, las redes de trata, los dueños de oscuros boliches de moda, los varones. Todos (las) desean menos ellas. De esta manera se las ubica en el lugar de víctimas pasivas de poderes territoriales que las desaparecerían u obligarían a irse de sus hogares para someterlas. La reconstrucción de los casos, sin embargo, torna a estos procesos más vidriosos, con un deseo afirmativo como punto de partida. Lo cual requiere necesariamente considerar las condiciones (y condicionantes) en las que se forjan esos deseos. El riesgo, lo sabemos, es constante en medio de las derivas por las calles. Las acecha la posibilidad de un asesinato, la explotación sexual, el dolor, un embarazo no deseado. Tal vez ellas lo intuyan pero igual lo hacen, prevalecen las ganas de cortar con un modo de vida asfixiante, mucho más en una etapa tan volcánica como la adolescencia, sin tanta medición de lo que pueda venir. De otra manera: nuestro temor (temor adulto) es que esa voluntad de autonomía -tan genuina- conecte de manera mortuoria con poderes y subjetividades capaces de desplegar niveles de crueldad sin precedentes (...) Las villas tienen nuevas autoridades, las viejas mediaciones institucionales y comunitarias (desde la escuela, pasando por la familia, las organizaciones sociales, y la propia figura del vecino) siguen en retroceso y, en ciertos casos, en franca descomposición a la hora de regular la vida social y las conductas, las violencias (policial, los vecinos autorganizados contra la "inseguridad", mercados ilegales, bandas de pibes) se ensamblan y sobredeterminan el espacio público y los modos de circulación, en especial los de lxs jóvenes, por solo nombrar algunos procesos actuales. La pregunta, en este contexto, pasa por si tomarse el palo no es justamente para las chicas una de las maneras a través de las cuales se insertan y participan en estas nuevas lógicas que asumen las periferias (Hudson, 2016).*

La invisibilización de las mujeres que se expone en el citado análisis es constitutiva del sistema patriarcal; subestimar sus decisiones forma parte de un dispositivo de disciplinamiento y control sobre sus cuerpos. Este disciplinamiento conforma el pilar fundamental de la reproducción de este sistema, como bien plantean algunas autoras (Silvia Fedirici, 2004; Rita Segato, 2008). De allí que nos resulta indispensable relevar el tipo específico de fugas que ensayan las jóvenes ante tal opresión. En nuestro trabajo de campo pudimos observar que estos movimientos de las jóvenes no se dan en soledad sino

que se sostienen poniendo en juego relaciones de amistad, pactos, alianzas y conflictos horizontales entre las pibas.

En el próximo apartado analizaremos justamente la relación con sus pares de género.

## Capítulo 6

---

### Relaciones Interpersonales

Las relaciones de amistad entre mujeres en los barrios estudiados no tienen la misma visibilidad que la de los varones ni se despliegan, como vimos, con la misma frecuencia en los espacios públicos. ¿Cómo organizan las jóvenes sus criterios de amistad? ¿Qué alianzas y conflictos se producen entre ellas? Presentamos a continuación algunos testimonios:

*Con las que me junto son de 18 para arriba, hasta 24. Y todas tenemos hijos (Yani, 22 años, septiembre 2016).*

*Amigas pueden ser mis primas, la Evi o la Noe. Y bueno yo ahora me junto con ellas y otra piba más, somos cuatro, que somos las únicas que nos juntamos (Milagros, 17 años, agosto 2016).*

*Muchas no, la única que tengo es Florencia y mi sobrina la Anto, y nadie más” (Fernanda, 17, años, septiembre 2016).*

*Yo no tengo muchas amigas, porque yo salgo con la Esia, y parece que nadie nos puede ver bien, porque siempre le llevan chismerío, que yo estuve en un curso y que me trance alguno, siempre le dicen algo o que salí a la noche, y es mentira, yo por eso confío en la Luzmi, el chito, que es mi amigo. y nadie más (Cati, 19 años, octubre 2018).*

Respecto a las alianzas y conflictos que se producen entre ellas, relatan lo siguiente:

*Nosotras nos llevamos re bien todas, nunca nos peleamos, nosotras nos juntamos también con otras pibitas, pero son más pibitas, yo no soy tan grande. Pero estas pibitas tienen 15, 14 y es distinto. Ponele con mis primas, yo nunca voy a dejar que sus novios me digan algo a mí, o tampoco a Yaqui. Nos jodemos así entre nosotros, pero nunca ninguna se zarpó con el novio de ninguna. Nosotras si somos así, nosotras cuatro” (Milagros, 17 años, agosto 2016).*

*Yo a veces no puedo estar bien afuera de mi casa porque las pibas de enfrente te buscan quilombo de la nada, pasan gritando. Y bueno, uno ya no se aguanta todo, porque uno no da más, tampoco es de fierro para que le digan de todo. Entonces agarré y le dije que si tenía algún problema que me lo diga, y que si ya estábamos ahí que me lo diga. Y bueno ahí es donde me empezó a decir cosas, yo también le dije, hasta que se armó todo el quilombo. A lo primero me agarró ella de los pelos, y después yo le empecé a pegar. Pero bueno yo no me la doy de nada, para mí fue una pelea y nada más. Igual al toque nos separaron” (Fernanda, 17 años, septiembre 2016).*

*Y le tiene bronca por su forma de ser, o capaz que le tiene envidia, porque capaz que ella se compró una zapatillas que yo quería y no me la pude comprar y le queda mejor a ella, tiene más cuerpo ella, tiene más lindo pelo y así entendes”* (Milagros, 17 años, agosto 2016).

*Y por ahí por los maridos, que se sacaron los maridos, y después no sé, también acá la gente mucho no se mete, hasta que a uno no le pasa* (Nadia, 26 años, agosto 2016)

Los testimonios dan cuenta de diversas líneas de análisis. Por un lado, las alianzas entre mujeres se dan en torno a procesos vitales como la maternidad. Lo vimos en el caso de Yani, que se junta con amigas que son madres como ella. También se dan alianzas entre familiares, como es el caso de Fernanda y Milagros, cuyas amistades principales son sus primas. Por otro lado, los conflictos y la preocupación de las jóvenes pasa en buena medida por las relaciones amorosas y los celos hacia otras pibas, potenciales competidoras. La mujer que incumple el código de no meterse con el “macho” de la otra es tratada por el resto como “*peladero*”. Este término hace referencia a aquella mujer “*que no le importa nada, que anda con este y con aquel*”. Los conflictos se producen a partir de rupturas de códigos reales, o por construcciones imaginarias, como el simple hecho de percibir que la otra mujer se convierte en una enemiga por ser “linda” o porque se “viste bien”, o tiene “ropa de marca”. Así se expanden los resentimientos a través de habladurías que terminan conformando “*grandes puteríos*”, denominando como “*puteras*” a las jóvenes que desparraman los chismes. “*Yo a esa no le cuento nada porque es re putera*”, nos dicen las chicas en reiteradas ocasiones. En ciertas oportunidades los conflictos se dan a través de la violencia física (piñas, rasguños, agarrones de pelo), cada vez más extendidas a partir de su registro casero y viralización en las redes. Sin embargo, según los testimonios registrados, los enfrentamientos no incluyen armas de fuego. De allí que no provocan muertes, tal como sí ocurre cuando se desatan enfrentamientos entre los varones. En algunos casos utilizan armas blancas para producir cortes y marcar el cuerpo de la otra, pero no es la generalidad. Nuestra participación en el CCB de Tablada nos permitió conocer situaciones de violencia horizontal entre mujeres, con heridas provocadas por “*facas*”. Es el caso, por ejemplo, de una joven de 25 años, madre de uno de los niños de primera infancia que asiste al CCB, que tuvo que realizarse algunas operaciones en la cara por los cortes que había sufrido por parte de otra joven. La disputa fue a raíz de un conflicto amoroso.

La pregunta que nos surge en este contexto es: ¿cuáles son las razones por las que en barrios populares atravesados por la violencia horizontal los conflictos entre mujeres no resultan letales? Resultan significativos los estudios de Eugenia Cozzi (2013):

*Una de las cuestiones que regulan estas reglas o códigos es entre quiénes “puede” o “debe” ser desplegada la violencia. Estableciendo, de esta forma, diversos criterios de victimización. Sykes y Matza afirman que una de las técnicas de neutralización es la negación de la víctima, a través de la utilización de esta técnica se transforma a la víctima en una persona que merece sufrir el daño, construyendo de este modo criterios de victimización, que no surgen de la nada, sino que están disponibles en la cultura. En nuestro caso, dichos criterios establecen entre quiénes está habilitado el despliegue de esta violencia espectacular y letal y, por tanto, genera prestigio y reconocimiento, y entre quiénes no. En este sentido el despliegue de violencia que genera prestigio se da, principalmente, entre jóvenes varones que andan en la joda o que tienen alguna vinculación entre quienes andan. Andar en la joda, es una expresión utilizada por los jóvenes que refiere a participar de diversas actividades: andar a los tiros –disparar con armas de fuego–, andar en la calle –pasar largas horas en diversos lugares públicos: la esquina, la plaza, la cortada–, salir a robar, participar de mercados ilegales, consumir bebidas alcohólicas y/o sustancias psicoactivas prohibidas. Las mujeres, en principio, no están legitimadas para hacer uso de esta violencia. (...) Los jóvenes de ambos barrios reconocieron que el uso de la violencia que genera prestigio es entre hombres. Son los hombres los únicos que pueden arreglar sus broncas a los tiros. Las mujeres no están habilitadas, salvo en situaciones en que se ven forzadas a defender a los varones del grupo. (Cozzi, 2013: 81)*

El hecho de que las mujeres queden por fuera del uso de la violencia letal como se mencionaba en el texto antes citado, se explica con las construcciones de la masculinidad y la femineidad en los territorios. En la subcultura de la delincuencia desarrollada por Matza (2014), se producen dos tipos de angustias: la angustia de pertenencia y la angustia de la masculinidad. De allí que los varones sondeen a los otros para poner a prueba e indagar la masculinidad y la pertenencia de sus miembros. “¿Eres un hombre de verdad o no eres más que un niño?, ¿Realmente eres uno de nosotros o solo finges serlo?” (Matza, 2014:104). Pero retomemos los planteos de Cozzi (2013: 11) sobre la exclusión de las pibas en el despliegue de la violencia letal:

*En el caso de Los de la Vía tuvimos estrecho contacto con las mujeres del grupo y ellas mismas reconocían que “era una cuestión de hombres” y no veían con buenos ojos que las mujeres permanezcan en la esquina o en la vía y que anden a los tiros. Reconocían, no obstante, que alguna de ellas había disparado alguna vez en defensa de sus*

*hermanos, en este caso parecía pesar más la obligación de cuidado y defensa hacia integrantes del mismo clan.*

Al respecto, Sairi Maitén Pauni Jones (2016: 267), tomando los trabajos de Florencia Saintout analiza lo siguiente:

*Tanto el espacio público como la subcultura delictiva están regulados por las reglas de la masculinidad; en ese marco, las mujeres jóvenes, por más participación que tengan en distintas actividades delictivas, no pueden reclamar una pertinencia identitaria a esa “cultura de la subordinación”. Ser piba chorra implicaría, para estas mujeres, acceder a una jerarquización de sus lugares dentro del espacio social. (...) Así como a las propias pibas les cuesta concebirse como pibas choras, a pesar de su participación en robos y delitos varios, “ni siquiera” pueden llegar a serlo. Hay algo en nuestra manera de pensar a los jóvenes que nos impide considerar a las pibas desde su particularidad, desde el rol específico que ocupan en el entramado social.*

Si bien en nuestro trabajo de campo no entrevistamos pibas vinculadas a tramas delictivas, el análisis precedente nos permite comprender los alcances de la hipermasculinización del espacio público y de los tipos de expresión de la violencia barrial. En tal sentido, Rita Segato (2013) establece relaciones entre las construcciones de masculinidad y las prácticas violentas: “(...) lo que se muestra en el espectáculo de la crueldad, no es otra cosa que la propia capacidad de muerte y la insensibilidad extrema frente al sufrimiento” (Segato, 2013:56). Se trata de prácticas ancestrales que se dan en todos los grupos de jóvenes, agrega la autora, es decir, estrategias físicas y psíquicas de des-sensibilización protagonizados por varones. Segato (2013: 56) concluye lo siguiente: “La masculinidad así construida y comprobada, resulta perfecta para la actividad mafiosa y para el accionar del crimen organizado” (2013:56).

Las ideas antes mencionadas nos permiten entender con mayores elementos el contexto que subyace a las alianzas y conflictos que se producen entre las mujeres en el barrio. Un tipo de alianza entre pibas se vincula con el “aguante” o con el “hacerse la segunda”. Ese “aguante” funciona de manera efectiva para rebelarse ante los mandatos adultos que les imponen quedarse adentro y no les permiten disfrutar de salidas. Una modalidad se vincula con engaños amorosos, donde la amiga auspicia de cómplice. Veamos un ejemplo:

*Hoy yo le hice la segunda a una amiga, el novio se fue a trabajar y yo le mandé mensaje a otro pibe para que se vaya con ella. Y ahí yo le hice la segunda. Fui hasta*

*la casa de ella, me quede con ella hasta que se fue el novio, el marido se fue a las 7 de la mañana, se fue a trabajar, y ella me dice mandale mensaje vos, entonces yo le digo que venga y le digo a qué hora, porque ella no le puede mandar al pibe, entonces yo le manda desde mi celular, entonces el pibe viene, el loco que a ella le gusta, y se queda con ella y yo me vengo (Milagros, 17 años, agosto 2016).*

Al escuchar este relato, le preguntamos a la joven si esta práctica era común entre las chicas. Ella aseguró que, si bien amaba a su novio, le resultaba irresistible salir con otros varones, aun cuando le causara cierta culpa. Otro de los motivos que reúne a las jóvenes del barrio son las salidas nocturnas. Las “caravanas” de las pibas están más restringidas que la de los varones. A las jóvenes no les permiten salir siempre, a veces tienen que hacerlo a escondidas. Las salidas están enmarcadas en todo un ritual de organización que comienza desde la tarde, todas reunidas en una casa para probarse la ropa, el maquillaje, depilarse, y decidir si van en remise o en colectivo. Una de las preguntas que les hacíamos en relación a las vidas nocturnas, era si consumían drogas y respondieron que no en forma unánime. Solo una de ellas nos contó que había probado la lanza, que *“es como una gotita que vos te pones acá (señala el brazo y lo aspira), eso nomás, pero te dura 5 minutos nomás”*. Agregó: *“Yo probé pero una vez nomás, y no me gusta porque es re fuerte, y te deja la cabeza doliendo re mal, y no me gusta hacer esas cosas, porque si no después quedo re mal mirada con todo el mundo”* (Milagros, 17 años, agosto 2016). Otra de las jóvenes decía al respecto:

*Nosotras tomamos alcohol, pero droga por suerte de las que nos juntamos ninguna; siempre salimos las mismas, siempre salgo con dos amigas que salimos desde chicas, que son Lucky, que es la madrina de mi hijo más grande, y después mi hermana. Tomamos alcohol, bailamos, nos cagamos de la risa (Nadia, 24 años, agosto 2016).*

*A mí no me gusta tomar mucho, no tomo ni cerveza ni fernet, lo que tomo a veces son tragos como vodka con naranja, o frizzé esas cosas (Cati, 19 años, octubre 2018).*

Nuevamente nos encontramos frente a prácticas que no estarían legitimadas para las mujeres y que son absolutamente ligadas a las masculinidades barriales, como es el consumo de drogas. Aquella que lo hace es “mal mirada”. Vale una aclaración en este sentido: es probable que las chicas consuman drogas y alcohol pero no lo admitan porque

temen ser reprobadas socialmente. Esto no ocurre en el caso de los varones, quienes suelen admitirlo e incluso construir su imagen desde este tipo de relatos sobre la *caravana*.

Los lugares elegidos por las mujeres para salir son boliches del centro o las llamadas *jodas* organizadas en el barrio. Estas últimas son fiestas que se realizan en la zona y tienen una gran convocatoria, debido a la cercanía y a su difusión por redes sociales. Esto nos decían al respecto:

*Acá French y Garzón hay una piba que suele hacer jodas. Primero hay un par que están con la piba, la dueña de la casa, que son los amigos, la junta de ella, y están ahí tomando, escuchando música; y ahí empiezan a caer, empiezan a venir gente de todos lados, gente, gente, y se prenden las luces de colores, y después empiezan a publicar en el face: “caigan que hay joda”. Así se va armando (Milagros, 17 años, agosto 2016).*

*Yo fui una vez, y nada, bailaban todos, está re divertido, pero bueno después se armó quilombo, como siempre, y bueno hay que salir antes, más temprano antes que te agarren porque si no se arma un todos contra todo. No se puede, por ahí salen bien, por ahí salen mal, según las personas que van también (Fernanda, 17 años, septiembre 2016).*

*Va gente de todos lados, que se tienen bronca todo el tiempo y se arma quilombo, la última vez la agarraron a la Zoe, entre varias (Milagros, 17 años, agosto 2016).*

*Acá no salimos mucho a boliches y eso, vamos a jodas que se ponen re piolas, hay una que se organiza siempre en uribiru allá abajo del puente, y va toda la tablada ahí. O también jodas en casas, ya se hizo costumbre, las llamamos “tablada fest”, armamos eventos en face, o tiramos estados y viene una banda de gente. Y a veces se arma quilombo (Cati, 19 años, octubre 2018)*

Como vemos estas *jodas* no quedan exentas de la violencia social y se convierten en el epicentro de los conflictos. Lo que sucede es que al parecer en la noche hay un código más compartido entre hombres y mujeres. Aparece un territorio fértil para sembrar disputas comunes a ambos sexos. Particularmente las peleas entre mujeres se espectacularizan, se convierten en un modo de consumo en el que el resto queda fascinado frente a las grescas. La espectacularización de estas peleas en redes sociales y hasta incluso su repercusión en medios de comunicación no son casuales, justamente se pone el énfasis en que las mujeres que participan de enfrentamientos agresivos son aquellas que se corren del estereotipo hegemónico de la idea de mujer sumisa, buena, amable, débil, frágil. Se las ubica entonces en lugares estigmatizantes como “*locas*”, “*machonas*”, “*histéricas*”. Sin embargo, entre

las mujeres se legitiman estas prácticas como modos de “*hacerse respetar*” y no ser tan “*buenitas*”. Veamos una secuencia de un enfrentamiento entre mujeres que nos relataba una de las jóvenes:

*Milagros: Yo estaba bailando y la piba me empuja de atrás, me tira un culazo, me tiraba la bronca. Entonces yo agarré, le dije a la Mica, mirá ésta cómo se hace la canchera, y la Mica se paró al lado mío, y empezó a tirarle culazo a la otra amiga de ella. Y la piba se puso bien atrás mío, y ella tras de la otra, y ahí empiezan a pelear las dos. Yo las quise separar y viene la otra piba y me pega un patada en la panza, y cuando me da esa patada, yo le dije “pará, no ves que las estoy separando. “No, vos te metiste”, me dice. Y agarró y me pegó una piña en la nariz, me rompió toda la nariz, y ahí empezamos a pelear entre las cuatro (Milagros, 17 años, agosto 2016).*

*Entrevistadora: ¿Y qué pasaba alrededor de ustedes?*

*Milagros: Como estábamos peleando un mano a mano entre las cuatro, todos se abrieron, hasta los patovicas, ellos dejaron que nadie se meta para que nosotras peleemos. Y no nos sacaron a ninguna. Después a mí me sacaron porque me faltaba el aire, porque estaba toda transpirada, me había roto toda la nariz, me rompió la remera, el corpiño, todo, encima era gorda, grandota, alta. Y la sangre se me caía a chorros. Viste como cuando tenés una hemorragia, así parecía, pero yo me sacaba toda la sangre de la cara y le quería pegar y le quería pegar, estaba ciega” (Milagros, 17 años, agosto 2016).*

Advertimos en el testimonio la construcción de otro criterio en torno a los usos de la violencia. Cuando los enfrentamientos se producen en igualdad de condiciones, es decir, cuando es la misma cantidad de personas enfrentándose de un lado y de otro, nadie debe intervenir. Este criterio es usado tanto para hombres como para mujeres. Dicho enfrentamiento se convierte en un espectáculo en donde todos observan, registran con cámaras y difunden en las redes sociales. Se disfruta de este modo la brutalidad de la lucha, como ocurrió con Milagros, que fue sacada del boliche casi desvanecida por los golpes recibidos. Las peleas se originan en muchas oportunidades a partir de lo que las pibas denominan “tirar estados” en el Facebook. ¿Qué significa *tirar estados*? Pensar frases o buscar algunas ya escritas y publicarlas. Una habitual en una de las entrevistadas era: “*si alguien tiene que decir algo, hable ahora o calle para siempre*”. Los “estados” suelen ir dirigidos a alguien sin mencionar su nombre, aunque en los grupos de amigos/as se entiende a quién va dirigido, con lo cual se “arman las broncas” y comienza una serie de

sucesos que pueden culminar en un “mano a mano”. En algunas oportunidades este enfrentamiento es pautado con anterioridad y otras veces se da en alguna ocasión casual, como en una joda del barrio. A continuación mostramos uno de los testimonios en dónde la joven explica por qué motivo “tira un estado”: “Capaz que por ahí son indirectas para alguien, capaz que si una piba me tiene que decir algo y no me lo dice a mí y lo anda diciendo por ahí, yo lo tiro para que ella vea que yo sé que habla de mí” (Milagros, 17 años, agosto 2016).

Hay un entrecruzamiento entre las violencias territoriales, sus formas de regulación y los conflictos que se producen entre las jóvenes, que muchas veces derivan en enfrentamientos físicos. Romper con la imagen hegemónica del “deber ser” como mujer -madre cuidadora y tierna; hija cuidadora y reemplazante de la madre-, implica costos muy grandes, ya que no solo existe un control sobre los cuerpos de las mujeres por parte de los varones o de las familias sino que prevalece una mirada moral entre las propias mujeres.

Las agresiones a las otras mujeres impactan directamente sobre sus cuerpos y su sexualidad. Estas situaciones transcurren bajo mecanismos de crueldad cada vez más alarmantes que afectan también a las propias mujeres. Rita Segato define a estos procesos como pedagogías de la crueldad. Y afirma (2015, pág. 36):

*Por qué la pedagogía de la crueldad, por qué la gratuidad de la crueldad. Me parece que estamos en una fase del capitalismo al que le interesa tener sujetos no sensibles, sin empatía. Y esta etapa, donde el enriquecimiento y la acumulación se dan por despojo, donde el mercado es global; en esta abolición de lo local, que es la abolición de las relaciones interpersonales, de la propia empatía; es necesario entrenar a los sujetos para esa distancia, para esa crueldad, para la no identificación de la posición del otro y la no relacionalidad. Esa pedagogía de la crueldad es funcional a esta fase del capital.*

De todos modos, aún frente a estos contextos de pérdida de empatía y avance del individualismo, nos resulta significativo rescatar algunas prácticas que sostienen las jóvenes en sus relaciones de amistad. Creemos que “hacerse el aguante” o establecer lazos y redes de solidaridad son modos de resistencia, pequeñas y complejas batallas a los avasallamientos que propone el sistema.

En el próximo capítulo analizaremos los modos de utilización de las redes sociales por parte de las chicas en estudio.

## Capítulo 7

---

### Las redes sociales

La mayoría de las jóvenes elige Facebook como la red social privilegiada para comunicarse; en segundo lugar, sobretodo en el último tiempo, registramos que aparece el Instagram. “Tirar estados” y subir fotos es el uso más frecuente que le dan al Facebook entre las jóvenes de los barrios estudiados.

McLuhan (1999) entendía a las tecnologías como extensiones del hombre. Algunos estudios contemporáneos, proponen pensar al Facebook como una extensión del cuerpo. “*Socializamos a través de las redes porque una porción de nuestra cabeza y nuestra corporalidad está allí*”, afirman Guadalupe López y Claudia Ciufolli (2012: 86). Nuestra investigación nos permite entender a Facebook como una extensión de las comunidades barriales, lo que incluye conflictos, alianzas y habladurías que allí se tejen y expanden. El “*acá todos nos conocemos con todos*” que expresan las jóvenes de los barrios se reafirma y actualiza en la red social. El “murmullo” y el “rumor”, característicos de la conversación oral, se vuelve moneda corriente entre los y las usuarixs de la red. De acuerdo con algunas autoras (López y Ciufolli, 2012: 82):

*Lejos de la distante relación autor-lector propia de la cultura de lo impreso, en Facebook los posibles interlocutores son parte de la red de “amigos” que se construye. Aquí no hay lugar para el público lector “imaginario”. La participación remite a identidades que están por fuera de la red, que se reconstruyen y reafirman en Facebook. Referentes de “yoes” que tienen un fuerte correlato en el mundo offline.*

En esta cita se afirma una situación que pretendemos visibilizar de las prácticas de las jóvenes en Facebook: en los estados que “*tiran*” hay una continuidad que se establece entre las acciones cotidianas del mundo terrenal y lo que expresan ellas a través de las redes. Se presenta como una forma de expresión para construir legitimidad de sus prácticas, o también como un lugar de manifestación de todo aquello que las asfixia en sus hogares. Mostraremos a continuación algunos de los estados:

*Cuando Trato de Estar Bien Con Una Persona Me Sale Todo Mal Malditaa Familia de Mierda (Fernanda, septiembre 2018).*

*Me tocó ver cosas que me dolían y hacer como si no me importaran, y eso me dolió el doble (Nadia, agosto 2018).*

*Vete con otra que ya no me afecta! Enséñale mis Fotos, Dile que yo Era Tu Chica Perfecta (Cati, septiembre 2018)*

*La Gente A veces Es Tan Lengua Larga, A mí Por suerte no me hace falta que nadie me compre ropa o me de comer no necesito de ningún macho ni del macho de mi mama, Trabajo y tengo lo que tengo gracias a mi! Yo y vos y nadie mas Sabemos Lo que pasamos y Las Cosas Como Fueron los de afuera son de palo!(Milagros, agosto 2018).*

Las jóvenes encuentran en la red social una forma de participación del espacio público. Muchas veces desde el encierro en sus los hogares, la red social se presenta como la manera de estar en sintonía con lo barrial. Algunas veces esos “estados” originan conflictos que luego se resuelven en la calle.

Su círculo cercano ejerce un control muy grande de sus redes sociales. “*Lo uso pero no mucho, solo familiar nomás, porque mi mamá otra cosas no quiere, me lo controla a toda hora*”, afirma una de las jóvenes. En otros casos el control es más exhaustivo, y las jóvenes se ven obligadas a cerrar sus cuentas y *desaparecer* del mundo virtual. Sin embargo, también aquí aparecen fugas que ensayan para moverse con cierta autonomía. Una de las prácticas que relatan ante los controles de sus redes, es crearse varios perfiles en Facebook y seleccionar en cada perfil qué amigos tener y cuáles no. En Whatsapp, algunas de las jóvenes se descargan aplicaciones para que no pueda verse su último estado de conexión. De esta forma pueden argumentar no haber visto algún mensaje o audio, mientras sus maridos o novios trabajan, y seguir navegando de forma oculta.

Otra de las prácticas frecuentes en Facebook es la participación en páginas de trueque o ventas. Ellas las nombran como páginas o grupos de “*manejas*”. “*Maneje de pilchas y vísceras*”, “*cirujeando*”, “*maneje de pilchas*”, “*maneje de pilchas de bebe*”, nos relataban en las entrevistas. Al respecto, una de las jóvenes nos decía lo siguiente:

*Yo tengo plata, ponele, tengo \$100 y con esa plata veo que puedo comprar, la mayoría de lo que más sale son cosas para los chicos, juguetes, sillita, andador. Entonces voy a la feria, compro, veo si está en buen estado y lo compro, o a veces también compro ropa de marca barata y después lo vendo más caro.*

Observamos en este relato la construcción de una astuta estrategia ante la falta de dinero, una estrategia artesanal de subsistencia de la economía doméstica. La red facilita su concreción.

En resumen, las vinculaciones con las redes sociales tienen motivaciones sociales, amorosas, sexuales, y también económicas y comerciales. En el próximo apartado analizaremos la relación de las jóvenes con el mundo laboral.

## Capítulo 8

---

### Relación con el mundo laboral

Uno de nuestros interrogantes a la hora de las entrevistas con las jóvenes fue sobre sus empleos (asalariado o cuentapropista). Exploramos dos dimensiones: si tenían experiencias laborales y cuáles eran sus representaciones en torno a los trabajos. La mayoría de las jóvenes entrevistadas contaban con experiencias laborales escuetas, es decir, habían asumido empleos precarios, de corta duración. Veamos el ejemplo de Milagros:

*Trabajé en el bar Metropolitano de moza, un mes y pico. Era desde las 17 30 hasta las 7 de la mañana que nos pagaban. Y era estar toda la noche parada, toda la noche. Me daban \$450 si era el metro entero, y \$350 si era la mitad del salón por fin de semana. Un montón de horas y te pagaban re poco. Pero lo que tenía es que vos ahí comés, te traés lo que querés, te traés si podés; viste a mí me daba miedo traerme algún cubierto, porque ahí está todo caro, tienen todas cosas re lindas, y vos ahí comes la comida, vos servís la comida y los que no comen vos te la podés traer. O la comías ahí, o el postre, y así". (Milagros, 17 años, agosto 2016)*

Observamos en este caso que la joven despliega una estrategia ante la precariedad laboral: sabe que le pagan poco, acepta igual las condiciones de trabajo, pero extrae un provecho extra: come allí, se lleva a su casa las sobras, y si se presenta la oportunidad se lleva los cubiertos que son caros. No nos compete en este caso juzgar desde un punto de vista moral esa práctica, más bien advertimos el despliegue de estrategias vitales de supervivencia.

María Belén también trabaja de moza en una empresa de catering, es un trabajo eventual, aunque nos dice que suelen contratarla uno o dos eventos por semana:

*A nosotros nos están pagando \$800 por evento, hace una semana nos aumentaron \$100, porque nos pagaban \$700. Lo bueno de este lugar donde yo trabajo es que te dejan llevara tu casa todo lo que queda de comida, cosa que en otros lugares no, yo he trabajado en otros lugares y se trabaja pésimo, los encargados te maltratan. En cambio en este lugar donde estoy ahora no me puedo quejar, nos tratan muy bien, nos dan de comer antes que empiece la fiesta. Después si nosotros hacemos el trabajo rápido de acomodar el salón, que la verdad somos bastante compañeros y nos dividimos bien, nos queda un tiempito al pedo y nos dejan tomar mates. La paga es mala, porque los eventos duran de las cinco de la tarde hasta las cinco de la mañana, son doce horas, y después de eso llegas exhausta mal. Pero bueno la gastronomía es así, en todos lados es así(María Belen, 25 años, noviembre 2018).*

A pesar de la cantidad de horas y el sueldo precario, Belén rescata la sociabilidad que le genera ese empleo. Armó un grupo muy lindo de compañeras y compañeros, por lo tanto disfruta mucho cuando lo hace. Aquí también observamos el despliegue de una estrategia vital: ir a trabajar no es solo una acción con un fin económico sino que implica la posibilidad de conectar con otro mundo, diferente a sus habituales contextos de sociabilización el hogar y propio barrio. Se suma que, al igual que Milagros, Belén aprovecha a comer ahí y también se lleva comida a su casa cuando sobra.

Otro de los casos relevados es el de Yani. Ella trabaja en labores de limpieza en hogares una vez por semana. Le pagan \$280 por cuatro horas y ese dinero lo utiliza para gastos del día. Pero también hace lo que denomina *manejas*:

*Yo tengo plata, ponele, tengo \$100 y con esa plata voy a la feria y veo que puedo comprar algo. Lo que más sale son cosas para los chicos: juguetes, sillita, andador. Entonces voy a la feria, veo si está en buen estado y lo compro, o a veces también compro ropa de marca barata y después lo vendo más caro. El otro día compré un caminador para los pibitos, lo compré a \$100 y lo vendí a \$500 y ya ahí esos \$400 quedan guardados. Después compré una zapatilla a \$100 y la vendí a \$250 y ahí quedó guardado lo otro. Y así yo estoy ahorrando esa plata ahora para poder ayudar a Juan a comprar las chapas que nos faltan para arreglar el techo, o para comprarme un lavarropas que me hace falta. Por eso tengo plata yo siempre, jaja (Yanina, 22 años, septiembre 2016).*

Yani publica los productos en páginas de Facebook en donde se comercializan productos usados. A veces también, nos cuenta la joven, se hacen trueques. Algunas de estas páginas son *Maneje de pilchas y viseras* y *Maneje de pilchas para bebes*, entre otras.

Por su parte, Cati tiene 19 años y es de Tablada y trabajó durante seis meses de niñera. Se trata de un trabajo frecuente en el barrio dado que en algunas familias salen a trabajar madres y padres y apelan a niñeras para que cuiden de sus hijas e hijos. Es un trabajo solo realizado por mujeres que se consigue por vínculos de confianza que se dan entre vecinxs.

*Yo tenía mi arreglo, era lo que la chica me podía pagar, digamos que por hora no cobraba, no cobraba mucho, ya que era de cinco y treinta de la mañana hasta las doce o una del mediodía, ocho horas era más o menos, y me pagaba \$3000 y los días eran tres o cinco en la semana. (Cati, 19 años, noviembre 2018)*

En su caso, tuvo que dejar el trabajo para poder terminar la escuela. Actualmente percibe el cobro de una beca por realizar una capacitación del programa provincial “Nueva oportunidad”.

Daiana de 26 años, también de Tablada, tuvo un solo trabajo asalariado a lo largo de su vida. Lo hizo durante un año y medio en un taller de costura. Según su relato, dejó de trabajar porque disminuyó la producción del taller y redujeron personal. Después de eso fue madre y decidió dedicarse full time a la crianza de su hijo. Ahora su pequeño tiene cinco años y manifiesta que le gustaría conseguir un trabajo de medio tiempo que le permita mayor autonomía económica.

Observamos en estos relatos que las mujeres entrevistadas no se quedan en una actitud pasiva ante la falta de dinero sino que van construyendo estrategias coyunturales en general asumiendo tareas que la cultura patriarcal impone a las mujeres en sus hogares –limpieza y cuidado de hijos e hijas- pero de manera rentada en hogares de otras mujeres que requieren delegar esas tareas domésticas. Estos empleos se suelen complementar con planes sociales estatales. La gestión de estos planes implica movimientos, trámites y el tránsito por instituciones. Muchas de las jóvenes o sus familiares son beneficiarios de asignaciones sociales, becas y/o pensiones:

*Yo cobro la pensión del más grande, por madre soltera, y con eso le pago las cuotas del club, como el año pasado cobramos todo junto a fin de año ,pagué todas las cuotas que tenía atrasadas, y las zapatillas de ellos para la escuela. Cobro \$1500 (Nadia, 26 años, agosto 2016).*

*Mi mamá que cobra la pensión de los siete hijos. Con eso comemos, es como una jubilación que cobra ella, o sino mi hermano que está trabajando en el carro, cirujean (Fernanda, 17 años, septiembre 2016))*

*El padre de Brunela no me da ni un peso. Todo lo consigo yo, yo a la nena le doy todo, no le falta nada, le compro la ropa de última moda, no le hago faltar nada, pero todo yo sola. A parte de la asignación yo cobro otro plan, son en total 3000\$ y va todo para la nena. (Evelin, 21 años, noviembre 2018)*

*Voy al centro a hacer trámites, cuando tengo que ir al Anses a cobrar la asignación del Benja (Yani, 22 años, septiembre 2016).*

Entre las denominadas changas encontramos microemprendimientos propios como la elaboración de comidas o las manualidades. Habría un despliegue de estrategias de subsistencia que combinan changas, trabajos precarios temporales, *manejas* y planes sociales. En términos generales, podemos afirmar que no existen en los casos analizados relaciones sistemáticas por parte de las mujeres con empleos asalariados. Es decir, por ser mujeres padece esta situación todavía mucho más que los varones.

Ante este contexto nos preguntamos si tenían o no deseos de desempeñarse en empleo en blanco. Muchas de ellas respondieron que sí, pero no tenían mayor claridad al respecto. Hubo, sin embargo, un testimonio que nos llamó la atención:

*Me gustaría terminar la escuela para estudiar policía, no porque me guste, sino porque sé que tendría un sueldo fijo, o sea estudias para eso y ya tenes un trabajo y un sueldo fijo (Yani, 24 años, agosto 2016)*

Ella no quiere ser policía por vocación, tampoco porque admire a la fuerza policial ya que, como ella sostiene, se imagina ese empleo “*estando al pedo así como están al pedo algunos viste jejeje*”. Es también una estrategia pragmática que le permite la posibilidad concreta de contar con un empleo en blanco que, según visualiza, no demanda tanto esfuerzo. Esto aparece como una tendencia actual en los barrios al compás del nacimiento de nuevas fuerzas de seguridad. Lara tiene 15 años y también quiere terminar la escuela para estudiar en la escuela de policía. En su caso, nos relata que es testigo cotidianamente de la coima policial:

*En el pasillo donde yo vivo hay una tranzera, y yo veo todos los días a la policía de maneje con ella, le da una guita y ya está. Yo si soy policía eso se termina, a mí nadie me va andar coimeando. (Lara, 15 años, noviembre 2018)*

Su deseo de trabajar como policía parte de un padecimiento diario, de todo lo que implica vivir cerca de un punto de venta de drogas y la impotencia por la connivencia que se genera en torno a eso. Aparece la posibilidad de la carrera de policía porque además te *pagan por hacerla*, nos dicen las jóvenes. Se trata de una de las principales fuentes de empleo que aparecen en las proyecciones de las pibas hoy.

En el próximo capítulo abordaremos la relación entre las pibas y el sistema educativo.

## Capítulo 9

---

### Relación con el mundo educativo

La configuración del sistema educativo en la Argentina ha sido objeto de debate de múltiples investigadores. Muchas investigaciones -Braslavsky (1986), Kessler (2002)- coinciden en que en los últimos años y tras el impacto de las políticas neoliberales, el sistema educativo viene padeciendo un proceso de fragmentación y segmentación, generando así una desigualdad tanto en la oferta educativa como en el acceso a dicho sistema. De esta forma, se torna un mito la igualdad sobre la cual se consolidó la escuela moderna. A su vez, la tendencia a la diferenciación puede expresarse de forma horizontal – entre la diversa y desigual oferta en un mismo nivel educativo- y vertical –la articulación o desarticulación entre los distintos niveles de la oferta educativa (Braslavsky, 1986). Desde esta misma perspectiva podemos decir que el proceso de fragmentación educativa tiene como resultado la configuración de circuitos educativos diferenciales (Kessler, 2002). Es decir, puesto que la trama social se encuentra fragmentada y con grandes brechas de desigualdad, este condicionamiento estructural se traslada a la formación educativa, generando grandes desigualdades entre las instituciones educativas de las periferias y del centro.

Por otro lado, cabe destacar que el año 2006 constituye uno de los grandes puntos de inflexión en la historia de la educación al sancionarse la Ley de Educación Nacional N° 26.206. Ésta no sólo establece la obligatoriedad de la educación secundaria sino también la posiciona como un derecho que el Estado debe garantizar. La obligatoriedad de la educación secundaria requirió que se desarrollen diversos planes para la inclusión a la escolaridad de aquellas personas que habían interrumpido sus trayectorias educativas. Algunos de estos planes son el “FINES” impulsado a nivel nacional, el “Vuelvo a Estudiar” impulsado por la provincia de Santa Fe, el “Vuelvo Virtual” también en Santa Fe, etc. También se implementaron becas a partir de planes sociales como el “Progresar”. Es decir,

la sanción de la ley fue acompañada con una serie de políticas públicas destinadas a aumentar la inclusión en el ámbito educativo.

En las entrevistas con las jóvenes de los barrios estudiados, unos de los interrogantes que realizamos fue sobre sus trayectorias educativas. De diez jóvenes entrevistadas supimos que dos de ellas finalizaron a término sus estudios secundarios en la modalidad convencional, cuatro de ellas han interrumpido su trayectoria educativa y no la han retomado, y las otras cuatro se encuentran actualmente finalizando sus estudios tras haber dejado en años anteriores. Entre estas últimas cuatro, son dos las que están dentro del sistema escolar convencional, y dos que están sosteniendo su escolaridad en el marco de trayectorias alternativas. En el caso de Belén, concurre a una escuela EEMPA (Escuela Educación Media para Adultos), con una modalidad de cursado flexible, es decir, con horario reducido, y la asistencia obligatoria tres veces por semana. En el caso de Fernanda, para finalizar sus estudios primarios se encontraba asistiendo al momento de la entrevista a un aula radial perteneciente a una comisión vecinal.

En los relatos y representaciones de las jóvenes acerca de la importancia de la escolaridad aparecía un elemento común a todas y es la idea de título secundario como un pasaporte directo a un “buen trabajo”. Veamos algunos ejemplos:

*Para mí el tema de la escuela me sirve de mucho, por una cuestión laboral. Y segundo porque mejorás la calidad de vida y pensar en un trabajo mejor, más que ser moza o una mujer que trabaje en una casa de familia, que no estoy en contra de eso para nada, pero me gustaría poder mejorar mi calidad de vida, que hoy en día si no tenés secundaria no te toman en ningún lado (Belén, 29 años, noviembre 2018).*

*Y ser alguien sería terminar la escuela, tener un trabajo, tener hijos, que tengan zapatillas, capaz que no sean de marca, pero que tengan, sanas y limpia, ropa, y así, y que tenga un techo donde tenerlos, que pueda tener un trabajo para comprarle, que hoy le pueda comprar un caramelo, y me guardo, y le compro otro mañana, y así (Milagros, 17 años, agosto 2016).*

Esta representación de la escolaridad vinculada a la idea “de buen trabajo” se encuentra íntimamente ligada a las biografías familiares de las jóvenes, en donde la mayoría de los adultos referentes y hermanos mayores solo han alcanzado niveles de primario completo y secundario incompleto. Son excepcionales los casos en los que familiares de las jóvenes

alcanzaron a finalizar los estudios secundarios. En el caso de las jóvenes entrevistadas, no encontramos ninguna excepción. Esta situación se debe principalmente a los ingresos tempranos de dichos familiares al mercado laboral, imposibilitando de esta forma la continuidad de sus estudios. Dichos ingresos tempranos fueron explicados, en todos los casos, como circunstancias inevitables y obligadas frente a críticas condiciones económicas. En la mayoría de los casos, se trata de trabajos informales y precarios. A excepción del padre de Daiana, por ejemplo, que es operario de una fábrica metalúrgica y se encuentra en blanco. Este padecimiento del mercado laboral informal por parte de las familias se transforma en una motivación para que ellas terminen sus estudios y mejoren la calidad de sus vidas.

Para pensar las vinculaciones de las jóvenes con el sistema educativo, resultan significativos los aportes de Pierre Bourdieu (1984). El autor propone pensar a las clases sociales ampliando la mirada marxista sustentada en la estructura y superestructura. Para Bourdieu es fundamental pensar las clases sociales desde una perspectiva pluridimensional, en donde la cultura y el poder simbólico ocupan lugares centrales, en sintonía con el poder del capital. Es decir, las prácticas culturales constituyen a la par de las relaciones de producción el modo de ser de las clases sociales. El barrio donde se habita, las escuelas a las que se concurre, las prácticas cotidianas, configuran para el autor, condicionantes de cada clase social. Para ello desarrolla la teoría de los campos y el espacio social. Y establece: *“La clase dominante puede imponerse en el plano económico, y reproducir esa dominación, si al mismo tiempo logra hegemonizar el campo cultural”* (Bourdieu, 1984, 15). Y agrega (Bourdieu, 1984,283):

*La posición de un agente determinado en el espacio social puede definirse entonces por la posición que ocupa en los diferentes campos, es decir, en la distribución de los poderes que actúan en cada uno de ellos; estos poderes son ante todo el capital económico —en sus diversas especies—, el capital cultural y el social, así como el capital simbólico, comúnmente llamado prestigio, reputación, renombre, etcétera, que es la forma percibida y reconocida como legítima de estas diferentes especies de capital.*

Siguiendo esta línea teórica, podemos decir que el lugar que ocupan las jóvenes en el espacio social y sus prácticas cotidianas, en base a sus biografías familiares, construcciones barriales, etc., las disponen a vincularse con el sistema educativo de determinadas formas. Lo que no encontramos dentro de esta teoría es la perspectiva de género para poder analizar

las marcadas diferencias que existen entre jóvenes varones y jóvenes mujeres pertenecientes a un mismo sector social. Cuando indagamos las causas de deserción de las jóvenes dentro del sistema educativo, la maternidad temprana aparece como la principal. Se suman la falta de atractivo en el cursado. Sobre esta falta de motivación, verificamos una fuerte vinculación entre la deserción escolar y el deseo de consumo inmediato. Las chicas (y los chicos) quieren habitar ese mundo de consumo -zapatillas, ropa, electrónica - y lo hacen mediante la inserción en un mercado laboral precario e informal. En el caso de Tablada, por ejemplo, los lavaderos se convierten en el epicentro de trabajo de los menores. Pero también a través de su inclusión en las expansivas economías ilegales, como cuando se transforman en “soldaditos”. De todos modos, en la mayoría de los casos son varones quienes asumen este tipo de responsabilidades.

En el caso de las jóvenes que son madres, se observa una falta de acompañamiento de los maridos para que continúen con sus estudios. Las jóvenes entrevistadas dan cuenta de que “el marido no puede cuidar, que no les da una mano”. Así las chicas encuentran demasiados obstáculos. Otras mujeres no pueden ir a la escuela porque los maridos o novios las violentan. A veces es violencia física pero también simbólica. *“Yo siempre tuve trabas para terminar la escuela, fui madre a los 14 años, y mi marido nunca me apoyó para poder hacerlo”,* nos relataba una joven, aunque agrega: *“Este año me decidí, porque dije “te guste o no, yo la escuela la voy a terminar igual” y me tuvo que apoyar porque no me quedó otra”*.

Por su parte, Nadia, otra de las jóvenes de Ludueña, madre de dos niños, cursó hasta el tercer año de la escuela secundaria. Cuando le preguntamos si le gustaría retomarla, respondía lo siguiente:

*Estaba por empezar este año, pero no puedo por mis nenes. Por ahí mi mamá me dice vos ponés una excusa. Pasa que mi marido es una persona que es él, entonces todo es él primero. Y yo le digo por ahí sí puede llevar a los chicos y al más chico que es hijo de él sí, pero al más grande no. Me dice que lo lleve tu padrastro (que el niño lo llama papá), pero el marido de mi mamá es un hombre grande, viene cansado de trabajar, entonces yo no le puedo decir Jorge llévamelo que yo me voy a la escuela, porque el viene cansado de trabajar. Porque encima la hora del EEMPA (escuela para adultos) se me complica un montón porque es justo a la hora que ellos practican fútbol. Y yo no voy a dejar que dejen de ir a práctica, porque luche muchísimo para eso.*

Vemos en este relato cómo la organización de la vida doméstica, la crianza de niños y niñas recaen absolutamente sobre los cuerpos de las mujeres. Frente a este contexto de desigualdad y dificultad para sostener espacios educativos formales, pudimos observar que las jóvenes participan en espacios comunitarios barriales, organizaciones sociales, instituciones del Estado no educativas como el CCB. Se trata de espacios con marcos más flexibles, en donde las jóvenes encuentran mayores posibilidades de sostenimiento y continuidad.

En cuanto a las experiencias relatadas de aquellas jóvenes que sí finalizaron la escuela, aparecen algunas vivencias comunes en cuanto a sus vinculaciones con la institución escolar. Por ejemplo, casi todas las jóvenes nos decían que eran pocas las amigas que tenían en la escuela. *“Todos los pibes juntos, y distintos grupos de mujeres, nosotras éramos las laydis”*, nos relataba Cati que finalizó hace un año la secundaria. Nuevamente aparece fuertemente la idea de la “otra mujer” como rival, como competencia, la desconfianza hacia la *otra*, incluso en algunas ocasiones hasta de la propia amiga.

# Conclusiones

---

A lo largo de las páginas de la presente tesina nos propusimos abordar ciertas dimensiones centrales de la vida de mujeres jóvenes de dos barrios populares de la ciudad de Rosario. Una de las conclusiones a las que arribamos fue que las jóvenes tienen la obligación de llevar adelante las tareas del hogar porque son mujeres. La división sexual del trabajo indica que los varones salen a trabajar y las chicas cumplen trabajos en el ámbito doméstico. Vimos también que estas labores imprescindibles padecen la falta de reconocimiento como un trabajo. Otra dimensión relevada es el hartazgo que les provoca a las jóvenes el encierro y los hostigamientos recibidos por parte de sus familias. La salida posible pasa entonces por la formación de sus propias familias. Para salir de un encierro familiar se construyen otro de similares características pero ya sin padres, madres y hermanos: embarazos tempranos, reclusión doméstica para una dedicación full time a las tareas de limpieza y cuidados. Si en primera instancia son las familias las que ejercen controles asfixiantes sobre las jóvenes, luego son los maridos o novios lo encargados de aplicarlos.

En el siguiente apartado relevamos una diferencia entre jóvenes varones y jóvenes mujeres: la participación en el espacio público. Nos encontramos a lo largo de nuestro trabajo de campo con que las chicas estaban más relegadas a los interiores de los hogares, como bien mencionamos, mientras que los jóvenes varones construían sus subjetividades a cielo abierto. En tal sentido, una primera hipótesis fue la siguiente: las mujeres comprenden los espacios públicos como vías de circulación de un punto a otro más que como un espacio privilegiado de socialización y producción de subjetividad tal como sí ocurre con los varones cuyas vidas se construyen entre las esquinas y las plazas del barrio. Las chicas permanece en plazas o playones menos por una decisión propia que por un deseo ajeno: que sus hijos o hermanos pequeños jueguen allí. De alguna manera esto se presentaba como la continuidad, al aire libre, de sus funciones de cuidado domésticas. Pero eso no significa perder de vista las redes de socialización que traman con otras madres, hermanas o amigas mientras sus hijos o hermanos juegan en plazas u otros espacios públicos.

De todos modos, el avance de la violencia letal provocó un retroceso general en la ocupación de los espacios públicos que las mujeres padecen todavía más que los varones en la medida en que ya su tiempo de permanencia por fuera de los hogares era cuantitativamente menor. Este enclaustramiento rompe lazos y debilita redes de solidaridad que se urdían en torno a las crianzas. En este contexto nos preguntamos sobre cuáles eran los lugares privilegiados de sociabilización de las chicas y si eran capaces de correrse de los lugares preestablecidos. La respuesta es que existen pequeñas líneas de fuga que les permitían desplegar su vitalidad. Para detectarlas se requiere de una mirada sensible que evite posicionarlas en una posición meramente de víctimas. La escuela, por ejemplo, representaba una excusa formal para alejarse del encierro doméstico. Las chicas aprovechan este tiempo de “soledad”, lo mismo que los traslados desde las casas a la escuela para verse con novios, amantes, o poder compartir caminatas con las amigas. También solían *ratearse* para ir a juntas, a las casas de sus novios, y aprovechaban las horas libres. En los casos más extremos, las chicas se alejaban de sus casas y desaparecían por unos días.

En cuanto a sus relaciones de amistad, encontramos varias líneas de análisis. Por un lado, vimos que las alianzas entre mujeres se dan en torno a procesos vitales que comparten, como por ejemplo la maternidad. Por otro, relevamos que los conflictos surgen en torno a las relaciones amorosas. Proliferan los celos hacia otras pibas, entendidas como potenciales competidoras o enemigas. A través de habladurías que se expanden surgen reyertas que incluso, en ciertas oportunidades, se manifiestan a través de la violencia física (golpes, rasguños, agarrones de pelo). Las redes sociales suelen ser el canal elegido para la espectacularización de esos combates cuerpo a cuerpo. Sin embargo, según los testimonios registrados, detectamos que los enfrentamientos no incluyen armas de fuego o armas blancas. De allí que no provocan muertes, tal como sí ocurre cuando se desatan enfrentamientos entre los varones. Esta situación se debe a la hipermasculinización del espacio público, lo que incluye su regulación, es decir, la exclusión de las mujeres de ciertos usos de la violencia letal.

En las salidas nocturnas y en las “jodas barriales” surge un terreno más compartido entre varones y mujeres. En estas salidas aparecen otros criterios en torno a los usos de la violencia. Por ejemplo, cuando los enfrentamientos se producen en igualdad de

condiciones, es decir, cuando es la misma cantidad de personas enfrentándose de un lado y de otro, nadie debe intervenir. Este criterio es usado tanto para hombres como para mujeres. Dicho enfrentamiento se convierte en un espectáculo en donde todos observan, hasta registran con cámaras y, como ya mencionamos, se difunde en las redes sociales.

Pero así como proliferan celos surgen también alianzas a partir del despliegue de códigos que ellas llaman “hacerse el aguante” o “la segunda”. Ese “aguante” funciona de manera efectiva para rebelarse ante la represión de los adultos cuando les imponen quedarse adentro y no les permiten disfrutar de salidas. “Hacerse la segunda” es sinónimo de complicidades a fin de concretar, por ejemplo, engaños amorosos.

En otro capítulo trabajamos sobre las relaciones de las jóvenes con las redes sociales. El interés surgió a partir de conocer que una de las principales causas de los conflictos entre las chicas se originaban desde lo que ellas denominan como “tirar estados”. Es decir, pensar frases o buscar algunas ya escritas y publicarlas en las redes sociales. Los “estados” suelen ir dirigidos a alguien sin mencionar su nombre, aunque en los grupos de amigos/as se entiende a quién va dirigido, con lo cual se “arman las broncas” y comienza una serie de sucesos que pueden culminar en un “mano a mano”. Asimismo, advertimos que la relación de las jóvenes con las redes sociales también les permitía el despliegue de estrategias y de movimientos autónomos, a pesar de los controles por parte de los adultos o novixs y maridos.

Por otro lado, destacamos que el lugar de las redes sociales se torna para las jóvenes un lugar de posibilidad de expresión y de participación del espacio público. Facebook representa una extensión de la comunidad barrial, un lugar de continuidad de los conflictos y alianzas generadas en las prácticas barriales pero mediada por una pantalla y desde el interior de los hogares. Las chicas encuentran una visibilidad allí y una forma de conectar con la vida social. Otro punto relevante es la utilización de Facebook para el trueque y ventas que les permiten estrategias de subsistencia económica.

Finalmente, en el último capítulo de nuestra investigación abordamos tres dimensiones de la vida de las jóvenes: sus relaciones con el mundo laboral, sus vinculaciones con el mundo educativo y su relación con el trabajo doméstico. En cuanto a sus vinculaciones con el

mundo laboral afirmamos que no existen participaciones sistemáticas de las mujeres en el régimen laboral asalariado. En un contexto de crisis económica severa, encontramos que las mujeres padecen esta situación más que los varones. En parte porque no tienen empleo pero también por la imposibilidad del desprenderse de las tareas domésticas y de las prácticas de cuidado. Aún así, las mujeres entrevistadas no permanecen en una actitud pasiva ante la falta de dinero sino que van construyendo astutas estrategias coyunturales que incluyen una combinación virtuoso entre changas, trabajos precarios temporales, los llamados *manejas* y el cobro de planes sociales.

En este mismo punto, indagamos también sobre sus deseos en torno a lo laboral. Pudimos advertir, en tal sentido, dos testimonios relevantes: el deseo de dos chicas de ser policías. Esta decisión no tenía como base una vocación, ni tampoco por algún tipo de admiración de la fuerza policial, sino como parte de una estrategia pragmática que les permitía la posibilidad concreta de contar con un empleo en blanco y, según sus testimonios, sin tanto esfuerzo. La permanente puesta en funciones de nuevas policías promueve este tipo de inclusiones en los barrios populares.

Por último, en lo que refiere a la vinculación de las chicas con las instituciones educativas, dimos cuenta de las serias dificultades que tienen para asistir a la escuela por un motivo recurrente: su ocupación y sometimientos a las tareas domésticas y los roles de cuidado. En el caso de las jóvenes que sí sostienen la escolaridad formal, aparecen ciertas dificultades en la construcción de relaciones de amistad con otras mujeres. La falta de empatía está fuertemente ligada al recelo y la competencia, aunque eso no significa afirmar que la participación en instituciones educativas no sea fuente de amistad y fraternidad femenina.

Para finalizar, los resultados de esta investigación nos habilitan a avanzar en el futuro hacia nuevas investigaciones o el diseño de dispositivos de comunicación comunitarios que nos permitan una intervención social en las problemáticas aquí planteadas, con el objetivo de posibilitar transformaciones, debates y la apertura a nuevos interrogantes.

# Bibliografía

---

- Bourdieu, P. (1984). *Sociología y Cultura*. D.F, México: Editorial Hidalgo.
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación Masculina*. París, Francia: Editorial du Seuil.
- Borja, J., Muxi, Z., (2001). *Espacio público: Ciudad y ciudadanía*. Barcelona, España: Ed. Electa.
- Berrotea, H., Torres y Vidal Moranta(2012). *La noción de espacio público y la configuración de la ciudad: fundamentos para los relatos de pérdida, civilidad y disputa*”. Recuperado de <https://journals.openedition.org/polis/3612>.
- Braslavsky, C. (1986). *La discriminación educativa*. Buenos Aires, Argentina: FLACSO/GEL.
- Certeau, M. (1999). *La invención de lo Cotidiano2. Habitar, cocinar*. DF, México: Universidad Iberoamericana.
- Certeau, M. (2006). *La invención de lo cotidiano 1. Maneras de hacer*. D.F, México: universidad Iberoamericana.
- Juguetes Perdidos (2014). *Quien lleva la Gorra. Violencia, nuevos barrios, pibes silvestres*. Buenos Aires, Argentina: Tinta Limón Ediciones.
- Ciufolli, C., López, G. (2012). *Facebook es el mensaje: oralidad, escritura y después*. Buenos Aires, Argentina: La Crujía
- Cozzi, E. (2013). *De juntas, clanes y broncas: Regulaciones de la violencia altamente lesiva entre jóvenes de sectores populares en dos barrios de la ciudad de Santa Fe (Tesis de Maestría)*. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.unl.edu.ar:8080/tesis/handle/11185/568>
- Cravino, M. (2009). *Vivir en la villa*. Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Deleuze, G., Guattari, F. (1988). *Mil Mesetas, Capitalismo y Esquizofrenia*. Valencia, España: PRE-TEXTOS.
- Duchatzky, S, Corea, C. (2002). *Chicos en Banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires, Argentina: editorial Paidós.
- Federici, S. (2004). *Caliban y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación Primitiva*. Madrid, España: Traficantes de Sueños.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la Biopolítica*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Guba, E. y Lincoln, Y. (1994), Competing paradigms in qualitative research. En Denzin y Lincoln (Eds.) *Handbook of qualitative research*, Sage Publications, California.
- Guillaumin, C., TABET, P. y Mathieu, N. (2005). *El Patriarcado Al Desnudo. Tres feministas materialistas*. Recuperado en <https://julesfalquet.files.wordpress.com/2010/06/el-patriarcado-al-desnudo-tres-feministas-materialistas2.pdf>.
- Habichayn, H. (2005). *Rescaldos Bajo las Cenizas. Las mil y una formas de exclusión y reclusión de las mujeres*. Rosario, Argentina: Editorial: Laborde Libros.
- Hudson, Juan P. (2017). *Una cartografía de la circulación de los jóvenes en las periferias de Rosario: nuevos poderes territoriales y violencias*. Mimeo

- Hudson, J. P. (2016). *Juventud, Riesgo y Territorio*. Mimeo
- Hudson, J.P. *Los cuerpos de las mujeres en La Mira de los poderes territoriales. El caso de las Niñas adolescentes desaparecidas en el bajo flores*. Mimeo.
- Kessler, G. (2002). *La experiencia Escolar Fragmentada. Estudiantes y Docentes en la escuela media en Buenos Aires*. Recuperado en: <https://instituto-edith-litwin.webnode.com.ar/>
- Kessler, G. (2004). *De Proveedores, amigos, vecinos y barderos. Acerca del trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires*. Recuperado de [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1607-050X2004000100004](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2004000100004)
- McLuhan, M. (1996). *Comprender Los Medios De Comunicación. Las extensiones del Ser Humano*. Recuperado de [:https://books.google.com.ar/books/about/Comprender\\_los\\_medios\\_de\\_comunicaci\\_ón.html](https://books.google.com.ar/books/about/Comprender_los_medios_de_comunicaci_ón.html).
- Margulis, M, Urresti, M (1996). *La Juventud es más que una Palabra. Ensayos sobre Cultura y Juventud*. Buenos Aires, Argentina: editorial Bibblos Sociedad.
- Matza, D. (1990). *Delincuencia y Deriva. Cómo y por qué algunos jóvenes llegan a quebrantar la ley*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Siglo Veintiuno.
- Pasarelli, A. M. (2015). *Corredor seguro: Uso, disputas y apropiación del espacio público en la ciudad de La Plata* (Tesis de grado). Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1133/te.1133.pdf>.
- Rabotnikof, N. (2008). *Lo público hoy: lugares, lógicas y expectativas. Íconos, revista de ciencias sociales (Nº 32)*, pp. 37-48.
- Reguillo, R. (2013). *Culturas juveniles. Formas políticas del desencanto*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Rodríguez Alzueta, E. (2014). *Temor y control. La gestión de la inseguridad como forma de gobierno*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Futuro Anterior.
- Rodríguez Alzueta, E. (2016). *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*. La Plata, Argentina: editorial Malisia.
- Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género, entre la antropología, el psicoanálisis, y los derechos humanos*. Universidad Nacional de Quilmes, Argentina: Editorial Bernal.
- Segato, R. (2008). La faccionalización de la república y el paisaje religioso como índice de una nueva territorialidad. En Alonso, A. (ed.). *América Latina y el Caribe. Territorios religiosos y desafíos para el diálogo*. Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Segato, R. (2013). *La Escritura en el cuerpo. De las Mujeres Asesinadas en Ciudad Juárez. Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*. Buenos Aires, Argentina: Tinta Limón.
- Segato, R. (2013). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. Buenos Aires, Argentina: Tinta Limón.
- Pauni Jones, S. M. (2016). Las pibas y la violencia: reflexiones desde una perspectiva de género. En Rodríguez Alzueta, E. (Ed.). *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos* (265-275). La Plata, Argentina: Malisia editorial.

- Segura, R. (2015). *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. Buenos Aires, Argentina: Unsam edita.
- Vasilachis, I. (1992). *Métodos cualitativos I. Los problemas teórico – epistemológicos*. Buenos Aires, Argentina: CEAL.